El Partido Comunista Internacional

órgano del partido comunista internacional

Noviembre de 2026 Nº 53 Precio de Colaboración 3 $ - 2,5 € - 2.500 Bs – 60 pesos mejicanos

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: – la línea de Marx a Lenin a la fundación de la III Internacional y del Partito Comunista de Italia en Livorno 1921, a la lucha de la Izquierda Comunista Italiana contra la degeneración de Moscú, al rechazo de los Frentes Populares y de los bloques partisanos – la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionario, en contacto con la clase obrera, fuera del politiqueo personal y electorero.

www.international-communist-party.org Correo electrónico: icparty@interncommparty.org
Youtube: https://youtube.com/@InternationalCommunistParty Facebook: https://facebook.com/internationalcommunistparty
Telegram: https://t.me/theinternationalcommunistparty Instagram: https://www.instagram.com/internationalcommunistparty

CONTENIDO

- **A LOS JÓVENES PROLETARIOS. CONTRA EL CAPITALISMO Y SUS GUERRAS, POR UNA SOCIEDAD SIN EXPLOTACIÓN**
- **LA REBELIÓN DE LOS JÓVENES PROLETARIOS EN FRANCIA**
- **¡CONTRA LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA!**
- **DE IRLANDA A PALESTINA. NACIONALISMO FRENTE A CLASISMO PROLETARIO EN EL CONGRESO DE LOS VERDES EN GRAN BRETAÑA**
- **LAS BURGUESÍAS EN LA VORÁGINE DE LA DEUDA**
- **PROTESTA DE VETERANOS EN TURQUÍA**
- **GENOVA, ITALIA: NUEVO DECRETO SOBRE LA ESCUELA. NINGÚN NIÑO ES EXTRANJERO… Y NINGÚN TRABAJADOR**
- **AZERBAIYÁN. LA PROHIBICIÓN DEL VELO EN LAS ESCUELAS Y LA MISOGINIA DEL LAICISMO BURGUÉS**
- **LA ILUSIÓN DE LA PROSPERIDAD COMPARTIDA: RAÍCES COMUNES DEL KEYNESIANISMO, EL "SOCIALISMO DEMOCRÁTICO" Y EL NAZISMO**
- **DEMOCRACIA Y FASCISMO: EL JANO DE DOS CARAS DEL CAPITALISMO**
- **CONFERENCIA PÚBLICA EN INGLÉS, 13 DE JUNIO: LA "VÍA CHINA" AL… CAPITALISMO**
- **POR EL SINDICATO DE CLASE:** La lucha por la reorganización de clases en Turquía – Manifestación nacional de la CGIL en Roma, sábado 17 de octubre, contra el rearme, la guerra y la explotación! – Bangladés: El proletariado textil desafía la super-explotación y la conciliación sindical – Como identificar a los traidores en el movimiento sindical.
- **VIDA DE PARTIDO: Reunión internacional del partido. Del 26 y 27 de septiembre de 2026.** La cuestión agraria en Rusia y en Marx - La "revolución islámica" en Irán - Imperialismo y anti-imperialismo: una revisión hoy - Los últimos años del Profintern y su disolución.

A LOS JÓVENES PROLETARIOS
CONTRA EL CAPITALISMO Y SUS GUERRAS, POR UNA SOCIEDAD SIN EXPLOTACIÓN

El capitalismo, el orden económico que impone sus reglas hoy en día, tuvo su fase progresista que permitió el desarrollo de la tecnología y la ciencia, ¡pero su función histórica hace tiempo que se agotó!
Las vastas capacidades productivas, que podrían satisfacer las necesidades materiales de toda la humanidad, están subordinadas a la lógica del beneficio; el capital debe crecer continuamente, conquistar mercados y reducir costes para ser competitivo.

Esto intensifica la explotación laboral, devasta el medio ambiente y concentra la riqueza, obligando a millones de personas a vivir en la pobreza y la miseria.

La competencia cada vez más asfixiante por hacerse con mercados, recursos y áreas de influencia llega a un punto en el que pasa de ser una guerra comercial a una militar, y los 65 conflictos actualmente en curso son una clara demostración de ello.

No se trata simplemente de desviaciones o caprichos de los tiranos "dementes" de turno: ¡son contradicciones inevitables del sistema! El capitalismo avanza inexorablemente con su propia lógica, y es utópico pensar que puede reformarse: **¡no existe un capitalismo con rostro humano!** Todos los gobiernos, independientemente de su ideología política –derecha, centro o "izquierda"– son y siempre serán ejecutores de los intereses de la clase dominante y del capital.

La única alternativa a la barbarie capitalista es el comunismo: una sociedad sin clases, sin trabajo asalariado ni dinero, donde los productos y el trabajo no son mercancías que se venden. Donde la producción y la distribución se basan en las necesidades reales de la humanidad, no en la capacidad de pago. ¡Una comunidad fraterna fundada en la cooperación, no en la competencia!

Luchar por esta alternativa significa luchar hoy para defender las necesidades de los trabajadores y sus familias, tanto jóvenes como jubilados: aumentar los salarios y las pensiones, combatir la precariedad laboral y reducir la jornada laboral. La contribución de la juventud obrera a esta lucha es fundamental, a través de su participación en huelgas y manifestaciones.

Se necesita organización y compromiso. Prepararse hoy significa estar listos para un nuevo "asalto al cielo" mañana, cuando las condiciones materiales sean propicias para liberarnos de este régimen decadente.

Los jóvenes que sufren a causa de esta sociedad injusta y cruel, solo pueden encontrar el camino a la redención reconectándose con la tradición revolucionaria comunista e internacionalista.

LA REBELIÓN DE LOS JÓVENES PROLETARIOS EN FRANCIA

En Francia, la clase trabajadora también se ve empobrecida por la crisis económica del capitalismo. Los ataques lanzados por la clase dominante y su régimen político para aumentar la explotación han generado movimientos robustos, a veces victoriosos, de creciente fuerza.

- Hace veinte años, en 2006, el movimiento contra el *Contrat Première Embauche* –un contrato precario que permitía el despido injustificado de trabajadores y que se aplicaba a jóvenes menores de 26 años– impidió su aprobación.
- En 2010, la lucha contra la reforma de las pensiones de Sarkozy, con 14 huelgas generales en 9 meses, no logró detener el aumento de la edad de jubilación de 60 a 62 años.
- En 2016, con 14 huelgas generales en 11 meses, el movimiento contra la *Loi El Khomri* –impulsada por el gobierno socialista– no logró frenar la reforma destinada a aumentar la precariedad laboral.
- Entre 2018 y 2019,se desarrolló el movimiento de los *Chalecos Amarillos* , un movimiento de la pequeña burguesía que, con el radicalismo de sus acciones, influiría en las luchas posteriores de la clase trabajadora;
- En 2023, tuvo lugar el último movimiento en defensa de las pensiones, con 14 huelgas generales en 6 meses y la aprobación de la ley, sin votación parlamentaria; esta "victoria Pírrica" conllevó la congelación del aumento de la edad de jubilación de 62 a 64 años, como parte de los juegos parlamentarios.
- Finalmente, el pasado septiembre, surgió el movimiento *Bloquons Tout* (Bloquéalo todo) contra las políticas de austeridad del gobierno, el menos poderoso de los mencionados. Surgió fuera de los sindicatos a través de los canales de las llamadas

plataformas de redes sociales, con el apoyo de los sectores más combativos del movimiento sindical francés (partes de la CGT y la SUD). Se caracterizó por métodos de lucha más radicales, con marchas y bloqueos no autorizados.

Dos procesos se han superpuesto a estos ataques contra la clase trabajadora y a la respuesta de sus movimientos de defensa.

Por un lado, la crisis de la deuda pública francesa, común a muchos otros países afectados por la crisis global de la sobreproducción capitalista, pero exacerbada por el desmoronamiento del imperio poscolonial. La deuda ha alcanzado el 119% del PIB, y se prevé que el déficit para 2026 se sitúe en el 5,4%. Los bonos del gobierno francés han superado el coste de los bonos italianos y griegos. Esta crisis de deuda hace cada vez más urgente que la burguesía francesa implemente la reforma de las pensiones congelada y continúe con otras medidas para reducir drásticamente el gasto social, como la congelación de los subsidios a la vivienda y la reducción de la financiación para la salud, la educación, el transporte y otros servicios. «*Cuando el presidente Emmanuel Macron se enfrentó a las multitudinarias protestas de los chalecos amarillos en 2018-19, pudo destinar miles de millones de euros para sofocarlas. Hoy, eso ya no es posible. Francia gasta demasiado y crece demasiado despacio, a poco más del 1% anual bajo el mandato de Macron. Este otoño, los legisladores tendrán dificultades para aprobar un presupuesto que reduzca el déficit en tan solo 0,4 puntos porcentuales, hasta un insostenible 5% del PIB*» (*The Economist* , 24 de octubre).

Esto se vio agravado por el aumento de la inflación, consecuencia de la explosión de conflictos generada por la crisis económica, primero en Ucrania y luego en Oriente Medio, lo que provocó una inflación aún mayor que la causada por la recuperación de la producción tras la pandemia de Covid-19.

La inflación ha afectado al poder adquisitivo de los salarios, que en Francia se había mantenido mejor en años anteriores que en otros países, empeorando así la crisis social en el país.

El movimiento desencadenado por la consolidación de estas condiciones tuvo esta vez como protagonistas principales a estudiantes de secundaria, no solo de liceos, sino también de institutos técnicos y profesionales: de hecho, se movilizaron estudiantes de los suburbios proletarios de París.

El primer incidente tuvo lugar el 17 de septiembre en una escuela de Créteil, un suburbio al sureste de París. Cabe destacar que fueron los trabajadores de la escuela Saint-Exupéry de Créteil quienes iniciaron la huelga, a la que se unieron los alumnos al día siguiente. La huelga, convocada conjuntamente por la FSU, la CGT Education y la SUD Education, se originó por la falta de una enfermera escolar, la escasez de personal docente, el mal estado del edificio y el hacinamiento en las aulas.

En los días inmediatamente posteriores, el movimiento se extendió a Seine-Saint-Denis, un suburbio al noreste de París, que se convirtió en el centro de la movilización nacional. Seine-Saint-Denis es el departamento más pobre de Francia –con un 27,6 % de su población viviendo por debajo del umbral de pobreza– y también el más joven: el 42 % de sus residentes son menores de 30 años. Para el 27 de septiembre, el movimiento había alcanzado proporciones nacionales. Para el 1 de octubre, las protestas estudiantiles habían afectado a casi 900 de las 3770 escuelas del país.

La situación en las escuelas públicas de las afueras de las ciudades francesas es ahora desastrosa. En edificios ruinosos y sin calefacción –que se convierten en hornos en verano y en congeladores en invierno–, infestados de ratas, con inodoros que no funcionan correctamente, paredes, techos y ventanas dañados, los estudiantes pasan ocho horas al día en lo que se ha convertido en una especie de prisión.

Los problemas, entonces, afectan a las condiciones laborales de los trabajadores. El año pasado, el gobierno eliminó 4.000 plazas docentes permanentes y planea recortar otras 1.600 este año. Para reducir el gasto total en salarios, está aumentando la carga de trabajo a niveles insostenibles. Los docentes pasan entre 10 y 12 horas al día en el trabajo, enfrentándose a retos cada vez más pesados y a una tensión emocional que, con el tiempo, provoca colapsos psicológicos y físicos; todo ello con el mandato de formar a "ciudadanos franceses" dóciles y leales a las instituciones burguesas.

La participación de jóvenes de barrios obreros y las pésimas condiciones laborales del profesorado han conferido a este movimiento un carácter y un papel distintos a los del pasado. Sus reivindicaciones coinciden en gran medida con las de los trabajadores: mejores edificios escolares, contratación de personal para reducir la proporción alumno-profesor y, en general, un aumento de la financiación para el gasto social, en contraposición al incremento del gasto en rearme. Cuantitativamente, fue el mayor movimiento estudiantil de la historia francesa desde mayo del 68, con la diferencia de que se originó y se centró en las universidades. Los estudiantes universitarios del 68, cuando aún no pertenecían a la burguesía, tenían la perspectiva de un ascenso social individual dentro de las filas de la clase dominante. Los jóvenes proletarios de hoy, en la educación obligatoria, seguirán siendo en gran medida proletarios.

La primera acción sindical nacional tuvo lugar el 29 de septiembre, con una huelga del sector público contra la decisión del primer ministro Sébastien Lecornu de congelar el índice salarial (que regula los

sueldos del sector público) para 2027, anunciada por la coalición intersindical integrada por la CGT, FO, CFDT, UNSA, FSU, Solidaires, CFE-CGC y FA-FP. La asistencia a las escuelas fue alta, según los sindicatos, alcanzando el 40%, la media nacional. Sin embargo, el número de cierres escolares fue aún mayor debido al impacto acumulativo de las huelgas estudiantiles y del personal de seguridad. Los trabajadores de la salud y los bomberos también desempeñaron un papel importante en la huelga y las manifestaciones.

Los sindicatos franceses han denunciado que hasta 862.000 empleados del sector público en Francia ganan menos del salario mínimo nacional (SMIC), lo que confirma que los salarios solo pueden defenderse mediante la lucha, no por ley. Por lo tanto, en Italia, la lucha por abolir las leyes antisindicales debería tener mucha más importancia en el movimiento sindical que la lucha por un salario mínimo legal, una obsesión de la izquierda burguesa y oportunista.

El 6 de octubre tuvo lugar una huelga general que involucró a todos los sectores, convocada una vez más por el movimiento intersindical. Las demandas, además del desbloqueo del "punto de referencia", incluían aumentos salariales, incluido el salario mínimo, y la solidaridad con el movimiento y las reivindicaciones de los trabajadores escolares y los estudiantes. Casi 100.000 personas marcharon en una multitudinaria manifestación en París.

El martes 13 de octubre se celebró el quinto día de movilización estudiantil nacional, coincidiendo con la tercera huelga nacional convocada por los sindicatos de las escuelas. La participación fue buena, con un promedio del 5% a nivel nacional según el ministerio y del 40% según una fuente sindical en París. La CGT y la SUD extendieron la huelga a algunos sectores del sector público.

Ese día, aunque aún no oficialmente, el comité intersindical anunció el 5 de noviembre como fecha para una segunda huelga general, tras el largo período de cierre de escuelas en Francia desde el 19 de octubre hasta el 1 de noviembre.

El sábado 17 de octubre, el movimiento alcanzó su punto álgido con multitudinarias manifestaciones en las principales ciudades francesas. En París, la manifestación congregó a cerca de 200.000 personas. Los sindicatos FSU, SUD y CGT convocaron una nueva huelga del personal docente. La violencia de los enfrentamientos también alcanzó su punto máximo. En los días siguientes, el gobierno impuso toques de queda y prohibió las manifestaciones nocturnas en zonas céntricas de varias ciudades.

Pero ni la campaña mediática terrorista que siguió a los enfrentamientos y saqueos del 17 de octubre, ni el cierre de las escuelas, impidieron que las manifestaciones del sábado siguiente, 24 de octubre, igualaran en magnitud a las de la semana anterior, en las que participaron sectores de los sindicatos, el movimiento estudiantil y los *Chalecos Amarillos*.

Se ha convocado una nueva jornada nacional de movilización para el sábado 31 de octubre. Posteriormente, esperamos la huelga general del 5 de noviembre.

En términos generales, las dirigencias de los dos sindicatos más grandes del régimen, la CFDT y la CGT, a pesar de tener como base a partidos políticos diferentes, desvían las luchas de la clase trabajadora hacia el atolladero parlamentario, aumentando la amenaza del dominio electoral de la ultraderecha. Pero incluso la conflictiva minoría de la CGT y el sindicato de base SUD terminan apoyando esta desviación, ya que su ideología democrática dominante entra inevitablemente en conflicto con las necesidades de la lucha de clases.

Además, las direcciones de la CGT y la CFDT se niegan a plantear el objetivo de una huelga general indefinida que dure más de un día, y están diluyendo la combatividad de los trabajadores en días separados, lo que impide que la acción se extienda y se radicalice.

En sectores o centros de trabajo concretos, en algunos casos, los sindicatos llevan a cabo huelgas indefinidas, como en los sectores químico y del transporte, mientras que los sindicatos más combativos –SUD y las partes minoritarias de la CGT– promueven las llamadas huelgas «renovables» (*reconductibles*), que se prolongan cada día mediante asambleas de trabajadores.

La desviación de la lucha obrera hacia el atolladero electoral y la evasión del tema de la huelga indefinida es obviamente obra del movimiento sindical de los partidos oportunistas, ante todo *La France Insoumise* (LFI), que es la principal fuerza política del *Nouveau Front Populaire*, un frente de partidos de la izquierda burguesa, moderada y radical, nacido en 2024 para oponerse al partido de derecha *Rassemblement National*.

La fragilidad de la situación social en Francia quedó patente con la reacción del régimen burgués. El Estado desató una violencia desproporcionada contra los jóvenes de entre 15 y 18 años, que salieron a las calles por cientos de miles. Miles de policías los reprimieron, golpearon y les lanzaron gas pimienta, gases lacrimógenos y granadas aturdidoras. Esto provocó largos y violentos enfrentamientos callejeros y la mayor oleada de detenciones en la historia de la Quinta República: casi 8.000 personas, el 85% de ellas menores de edad. Durante el movimiento de los Chalecos Amarillos, se produjeron 10.000 detenciones en el transcurso de un año. ¡Una valiosa lección de democracia para esta nueva generación de proletarios!

En respuesta a la violencia policial, la mayoría de los sindicatos de docentes (FSU, CGT Educación, SUD Educación) se posicionaron de inmediato en defensa de los jóvenes y, en varios casos, formaron líneas

de trabajadores en defensa de los jóvenes durante las marchas.

La respuesta desproporcionadamente violenta del Estado francés a las manifestaciones estudiantiles se explica por el miedo y la desesperación de la burguesía. Es un claro acto de intimidación contra todos los proletarios: si golpeamos así a los jóvenes, ¡imagínense lo que haremos con los adultos!

El capitalismo ya no tiene nada que ofrecer a la clase trabajadora, ni siquiera migajas. Debe seguir arrebatando el pan de las mesas de las familias proletarias. Esto desata la lucha de clases, que volverá con fuerza como protagonista e impulsora de la historia, algo que negaron durante décadas los periodistas sensacionalistas y los charlatanes de la televisión capitalista.

El temor de la clase dirigente francesa, como en todos los demás países, es que la clase obrera se sume a la lucha porque solo ella puede arrebatarle el capitalismo, bloqueando los nodos vitales de su reproducción. Lo que aterroriza a la burguesía es que la participación de los jóvenes proletarios que aún estudian tienda a fundirse con la de los obreros, por las mismas reivindicaciones, en el camino hacia futuras luchas obreras, inyectando energía, radicalismo y entusiasmo juvenil en las venas del sindicalismo de clase.

Si la juventud proletaria de hoy ha dejado de mantenerse al margen del "movimiento estudiantil", mañana redescubrirá su arma fundamental de lucha social: el sindicato, y a través de él, la lucha política: el partido. La burguesía tiene razón al estar profundamente preocupada.

¡CONTRA LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA!

Elecciones de mitad de mandato en EEUU: Lucha de poder interburgués y fascismo democrático

Mientras concluyen las elecciones de mitad de mandato en Estados Unidos y el país vuelve a inhalar ese embriagador gas democrático, miradas suspicaces recorren a ambos bandos. En esta ocasión, las acusaciones de fraude, trampas y manipulación acechan la maquinaria electoral, amenazando con destruir su preciada democracia dorada. El proletariado, demasiado familiarizado con aquello de lo que la burguesía solo se acusa mutuamente, permanece indiferente ante esta lejana lucha entre quienes controlan sus cadenas.

El fracaso del Sr. Trump en impulsar legislaciones como la Ley SAVE, para reducir los votos y favorecer una victoria republicana, ha limitado sus opciones para evitar una probable victoria demócrata. Por lo tanto, las impugnaciones legales ante los tribunales y la redistribución exitosa de distritos a nivel estatal se han convertido en elementos clave de la estrategia republicana.

Mientras tanto, los demócratas claman por violaciones de la sagrada democracia, al tiempo que promueven sus propias maniobras de manipulación electoral. La única razón por la que buscan eliminar las restricciones al voto es porque, cínicamente, esto les da ventaja en su propio juego y refuerza el mito democrático.

Un ala izquierda demócrata envalentonada, que representa a la burguesía menos adinerada junto con sus aliados nominalmente socialistas, se moviliza para defender los valores burgueses clásicos, con el apoyo de importantes sectores de la pequeña burguesía.

En el extremo opuesto, una derecha republicana que representa a la burguesía más adinerada, coquetea con fascistas declarados, busca burlar a los tribunales y sentar las bases –que los demócratas sin duda continuarán– de un Estado aún más centralizado, capaz de mayor violencia y preparado para combatir la inminente revuelta proletaria.

El Partido Proletario traza su propio rumbo contra estos bandidos y, sobre todo, combate la confusión perpetrada por la ideología burguesa con respecto al avance fascista que están llevando a cabo ambos partidos.

¿Defendemos los derechos democráticos y las libertades civiles?

Los oportunistas de todo tipo se jactan de ser tan diferentes de la izquierda burguesa, pregonando la defensa de una forma única de democracia o de derechos inalienables. Estos cretinos insisten en que ellos son los verdaderos defensores de la democracia *real*.

Resultan demasiado familiares las demandas de libertad de prensa, igualdad, derecho al voto y autodeterminación. ¡Quizás incluso la valiente nacionalización de algunas empresas figure en sus estandartes! Sea como fuere, permítannos condenar con firmeza esta grotesca mezcla y afirmar con toda claridad: las consignas y demandas burguesas-democráticas –y nacionalistas, por cierto– son obsoletas y reaccionarias en todo el mundo ahora que el capitalismo está plenamente arraigado en todas partes.

¡Incluso la exigencia de autodeterminación de los oprimidos nacionales ya no sirve de nada! Esto seguramente causará revuelo, pero no se preocupen, el proletariado luchará por la abolición de toda discriminación nacional mediante la revolución comunista "directa".

Rechazamos categóricamente cualquier defensa del derecho al voto como históricamente progresista –como lo está promoviendo hoy en día el oportunismo– o cualquier otro derecho democrático.

Pero, ¿significa esto que debemos abstenernos de las luchas en las que se otorgan o se quitan los "derechos" de los trabajadores? No, querido lector, nos oponemos rotundamente a tal indiferentismo. Porque "derecho" simplemente significa que el Estado concede la "capacidad de actuar". Sin embargo, sí excluimos por completo los derechos de nuestra movilización para que los trabajadores no se dejen engañar por la ficción de obtener "garantías" del Estado, ni se vean obligados a aliarse con los partidos pequeñoburgueses y pseudo-obreros que se alinean en su defensa.

En definitiva, el principio que defendemos es que si tal o cual demanda fortalece al proletariado y lo prepara mejor para la lucha por el comunismo, la apoyamos. Lo que importa es la independencia política del proletariado respecto de las demás clases.

Las concesiones a los trabajadores suelen presentarse como derechos para persuadirlos de que existe un interés común entre ellos y los patronos, logrando así la pacificación social. En otras ocasiones, la demanda de ciertos derechos puede surgir de forma espontánea dentro de la clase para impulsar genuinamente la lucha de clases. Solo apoyamos los "derechos" en la medida en que permitan y fortalezcan al proletariado.

Solo el equilibrio real de fuerzas de la lucha de clases determina la "capacidad de acción", no los esquemas legales. La hipocresía de los derechos en general siempre queda al descubierto para que los trabajadores se liberen de su letargo de dependencia del Estado.

Los ataques contra los "derechos" son inevitables y recurrentes a medida que la burguesía se enfrenta a su enemigo de clase en su búsqueda de la revolución.

Cualquier esfuerzo conjunto con las corrientes burguesas que exijan la restauración de las garantías constitucionales, de los derechos o cualquier otra utopía democrática antifascista quedan totalmente excluidas. El proletariado no puede depender de libertades y derechos, ya que las acciones ilegales son inevitables no solo para defender el nivel de vida de los trabajadores, sino también para tomar el poder. El Estado jamás permitirá que su enemigo de clase aumente su poder, salvo en momentos de verdadera debilidad.

Cualquier defensa que se esgrima en favor de derechos o privilegios otorgados por el Estado puede compararse con la protección de falsas promesas.

La burguesía democrática pretende convencer a los trabajadores de que tienen algo que defender en esta sociedad decadente. Buscan engañarlos haciéndoles creer en falsedades legales y "garantías" que se violan sistemáticamente. Ante esto, decimos: ¡Los trabajadores no tienen nada que perder salvo sus cadenas! ¡Ataque y conquista, sin defensa!

A los defensores fanáticos

Algunos de los defensores más acérrimos de la democracia se encuentran entre las filas de los activistas pequeñoburgueses, desde la DSA hasta los círculos estalinistas y trotskistas. Estos miembros de la izquierda oportunista defienden programas repletos de demandas políticas incompletas para la agitación general y electoreras. Los trotskistas recurren a un juego de palabras y lo llaman "transicional", otros dicen "mínimo" o "inmediato".

Entre las demandas reformistas se incluyen la sanidad universal, la tributación progresiva y la condonación de la deuda. Las propuestas más "radicales" abarcan la democratización del lugar de trabajo (¿elegir al jefe?), la nacionalización y el pleno empleo. Incluso pueden mencionar superficialmente la abolición de las clases sociales, el dinero o el trabajo asalariado, pero solo como un objetivo a largo plazo que, de alguna manera, resulta irrelevante para los trabajadores en plena movilización.

Estos oportunistas esperan que, al plantear estas metas intermedias a los trabajadores, su conciencia avance al exponer el fracaso del Estado en el cumplimiento de sus objetivos democráticos o mediante su lenta conquista. En cualquier caso, el socialismo se diluye en un proceso de reformas o concesiones que supuestamente culminan en algo superior.

Los trabajadores son engañados por partidos obreros burgueses y oportunistas que adoptan estos objetivos, en la medida en que el Estado capitalista es capaz de promulgar estas políticas –lo que refuerza la fe en el capitalismo– y las políticas reales que deberían implementarse durante la dictadura proletaria son falsificadas y reemplazadas por demandas burguesas-democráticas.

En última instancia, sostienen que la revolución democrática en diversos países aún no ha concluido y debe ser finalizada por el proletariado para avanzar hacia el socialismo. La revolución comunista se convierte así en una continuación de la revolución burguesa, transformada en una conquista de una democracia y unos derechos precarios.

Esto empuja al proletariado directamente a una alianza inútil con los activistas de la pequeña burguesía. Así, se unen y apoyan al aparato activista de las ONG que protestan por reformas democráticas y canalizan fondos hacia el Partido Demócrata. Incluso cuando se afirma que existe oposición a estos grupos, sus mismas demandas llevan a los trabajadores en la misma dirección.

Lo que tenemos aquí es una monstruosidad grotesca y ecléctica de ciertas tácticas proletarias propias de una revolución permanente o

doble, combinadas con el parlamentarismo más atroz y cobarde. No necesitamos rebajarnos al estado de ánimo democrático de las masas y contribuir a la gran ilusión.

El único programa que necesita la clase trabajadora es el del comunismo pleno, y las medidas inmediatas tras alcanzar el poder absoluto son una característica necesaria de este.

Los "puntos de partida" que señala el Partido son únicamente demandas inmediatas que buscan aumentar la capacidad de lucha y fortalecer al proletariado en preparación para su batalla final contra la burguesía. Son demandas bien conocidas que se centran en aumentos salariales y la reducción de la jornada laboral, entre otras, y que se logran mediante organizaciones de clase basadas en directrices tácticas de larga tradición, como la necesidad de refundar los sindicatos de clase, su unión bajo un frente sindical unido desde abajo y la huelga general.

De la mano de las tácticas oportunistas va la entrada en la arena electoral.

El parlamentarismo a lo largo de la historia

En ciertas épocas históricas y en países específicos, la reivindicación de privilegios burgueses-democráticos como el sufragio universal, el derecho al voto y la participación parlamentaria tuvo un lugar importante en el movimiento obrero. Podemos recordar las revueltas de mayo de 1832, que impulsaron la Ley de Reforma inglesa, o los sucesos de la Revolución de Julio en Francia durante las décadas de 1820 y 1830, donde la negación del sufragio no solo a las masas trabajadoras, sino también a la burguesía, desencadenó auténticos levantamientos populares.

Eran tiempos en que la burguesía aún tenía un papel revolucionario que desempeñar contra las antiguas clases feudales reaccionarias. Tiempos en que las alianzas entre la burguesía y el proletariado todavía eran históricamente justificables y útiles. El capitalismo no se había consolidado por completo, y la tribuna parlamentaria era un campo de batalla entre diferentes clases.

Tras 1871 y la Comuna de París, el ámbito electoral siguió utilizándose, si bien quienes seguían la senda revolucionaria rechazaban cualquier alianza o la aceptación de cargos ministeriales. Durante este periodo, se consiguieron reformas y concesiones, y los sindicatos de clase, especialmente en Alemania, crecieron en tamaño e influencia. Al mismo tiempo, los reformistas y el revisionismo se afianzaron en el Partido Internacional a medida que el capitalismo imperialista se consolidaba.

Comenzó la Primera Guerra Mundial, y fueron Lenin, la izquierda italiana y otros miembros de la izquierda de Zimmerwald quienes combatieron esta enfermedad. A partir de 1914, la historia demostró definitivamente que, para el Partido Proletario, no debían impulsarse reformas en los parlamentos de todo el mundo. La izquierda italiana añadió que, en los países con un capitalismo plenamente desarrollado, debía abandonarse por completo la actividad parlamentaria.

Esto no se debió a una supuesta indiferencia hacia los resultados electorales, a una negativa a transigir ni a un principio *preestablecido*. Se debió a que el parlamentarismo hacía imposible romper con los centristas y reformistas para crear partidos comunistas inamovibles.

El uso que hizo Lenin de la agitación democrática y el parlamento se justificó históricamente por su propósito de impulsar una doble revolución. Para el proletariado y el campesinado pobre, la democracia representaba la antítesis misma de la opresión del Estado y solo tenía un significado revolucionario para las masas. La Duma rusa era un campo de batalla entre zaristas retrógrados, liberales y comunistas. En esencia, un panorama muy diferente al vacío y la teatralidad democrática de hoy. Como ya hemos mencionado, los métodos apropiados en la época de Lenin ya no son aplicables en ninguna parte del mundo.

Volvamos finalmente a los Estados Unidos.

No lo olvides, los demócratas también son "fascistas".

No es casualidad que el Partido Demócrata haya sido históricamente el instrumento predilecto del imperialismo estadounidense para la preparación de la Segunda Guerra Mundial y la subordinación del proletariado a las exigencias del capital nacional. Bajo el mandato del demócrata Wilson, Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial; bajo el de Roosevelt, el capitalismo estadounidense movilizó su inmenso aparato productivo para la segunda masacre imperialista; y bajo el de Truman, se consolidó la maquinaria de posguerra de ocupación militar, terror atómico y contrarrevolución permanente.

En cada caso, la burguesía no solo requería ejércitos y armamento, sino también la regimentación política e ideológica de la clase obrera: la incorporación de los sindicatos al Estado, la supresión de la lucha de clases independiente y la transformación de los proletarios en productores obedientes y carne de cañón para el esfuerzo bélico nacional. La mistificación democrática ha demostrado ser tan indispensable para la guerra imperialista como los métodos abiertamente autoritarios del fascismo.

De hecho, el Estado burgués estadounidense asimiló hace mucho tiempo las funciones económicas y políticas esenciales del fascismo: la integración de las organizaciones obreras en la maquinaria de la administración capitalista, la creciente centralización del mando económico y militar, y la subordinación de todas las esferas de la vida social a la preservación del dominio burgués.

La diferencia entre democracia y fascismo no radica en que uno represente la paz y el otro la guerra, sino en que constituyen formas políticas distintas mediante las cuales la misma dictadura capitalista organiza su dominio sobre el trabajo. Se necesitan mutuamente y operan como dos caras de un mismo sistema unitario de dictadura de clase que se opone a las presiones de clase y las subsume en proporciones variables, según las necesidades de la clase dominante.

Por lo tanto, una victoria demócrata en noviembre, o de nuevo en 2028, no significaría un respiro histórico ante el supuesto avance del fascismo, ni un aplazamiento de la catástrofe hacia la que se dirige el capitalismo, sino otra etapa en la preparación del imperialismo estadounidense para una nueva masacre general.

El podrido coloso imperialista de los Estados Unidos, cuyas instituciones democráticas han asimilado desde hace tiempo los métodos más trascendentales de la organización estatal fascista, no necesita un Mussolini en la Casa Blanca para regimentar a su proletariado, disciplinar a sus sindicatos, expandir su aparato militar o preparar a su población para el sacrificio en el altar del capital nacional.

La invocación de la amenaza fascista sirve precisamente para vincular una vez más a los trabajadores con el Estado democrático, para que defiendan las instituciones de su enemigo de clase como si fueran propias y para preparar su alistamiento ideológico en la próxima cruzada ilusoria por la "democracia". Bajo esta misma bandera ensangrentada, el imperialismo estadounidense devastó Corea, Vietnam, Irak y un sinnúmero de otros territorios, y bajo ella millones de personas fueron asesinadas, desplazadas y sumidas en la miseria al servicio de la dominación capitalista.

Frente al engaño burgués de que hoy hay que defender la democracia para mañana derrotar al fascismo, la postura comunista permanece inalterable: el proletariado no tiene patria que defender, ni campo imperialista al que apoyar, ni interés alguno en elegir qué administración política organizará su explotación y preparará su reclutamiento para la guerra venidera. Su único camino histórico se encuentra fuera y en contra de toda facción del Estado burgués, en la recuperación de la lucha de clases independiente y la derrota revolucionaria del capitalismo mismo.

El destino de los Estados Unidos

En última instancia, la tensión democrática dentro del Estado burgués le otorga elasticidad y le permite atraer a los trabajadores hacia uno u otro bando burgués, preservando así el capitalismo. Los conflictos entre las facciones burguesas rivales se intensifican a medida que se agudizan las contradicciones del capitalismo y los capitales individuales se desesperan cada vez más por escapar, en una lucha imposible, del círculo vicioso de la sobreproducción.

El Estado burgués seguirá avanzando cada vez más en el fascismo a través de su arma más poderosa: la "democracia".

La socialdemocracia volverá a acudir al rescate y justificará la próxima masacre.

¡A todos los proletarios, tiren su voto a la basura!
¡Rompe con los defensores de la democracia!

DE IRLANDA A PALESTINA
NACIONALISMO FRENTE A CLASISMO PROLETARIO EN EL CONGRESO DE LOS VERDES EN GRAN BRETAÑA

En Inglaterra, el Partido Verde –un partido de la pequeña burguesía radical– muestra una mísera ignorancia (¿intencionada?) de los intereses históricos de la clase trabajadora, a pesar de que algunos de sus miembros se han dejado ver en ciertos piquetes de huelga.

Ese partido pretende defender a un genérico y mal definido "pueblo palestino", a pesar de las pruebas de que una burguesía está presente y domina en Gaza, algo bien evidente cuando, en el punto álgido de la masacre perpetrada por el Estado de Israel, reprimió sangrientamente las valientes protestas contra el gobierno de Hamás, alias "Movimiento de Resistencia Islámica". Hamás está estrechamente vinculado a la burguesía palestina que vive en el extranjero, a la sombra y bajo las órdenes de los distintos regímenes burgueses regionales, principalmente Turquía, Irán y Catar.

En el congreso del Partido Verde, celebrado recientemente, se aprobó una moción de apoyo a «un único Estado palestino democrático en toda la Palestina histórica», condenando el sionismo como la ideología de «un Estado etnonacional judío». De este modo, ha dado su apoyo al programa de Hamás, que no reconoce al Estado de Israel.

El ministro de Asuntos Exteriores israelí lo calificó de «claro texto antisemita», enésimo caso de confusión entre el Estado israelí y los seguidores de la cultura judía.

Pero, a pesar de que en Gran Bretaña esté prohibido por ley cualquier debate al respecto, tras haber impedido la entrada de periodistas extranjeros a Gaza, la búsqueda de una explicación y de una respuesta se impone a todos aquellos que

contemplan cada día escenas apocalípticas de destrucción y la desesperación de las víctimas: Gaza cuenta hoy en día con el mayor número de niños amputados del mundo en proporción a su población.

Es imposible no comparar esta infinita opresión y el apartheid –que hoy llega al genocidio– de una población por parte de un Estado con la historia de Irlanda del Norte y su antigua lucha entre colonizados y colonizadores. Allí, hoy, cientos de años después de que los colonos procedentes de Inglaterra y Escocia robasen las tierras a sus anteriores ocupantes o los obligaran por la fuerza a venderlas, la amargura persiste y se canaliza en formas de expresión nacionalista que se agrupan mayoritariamente bajo banderas religiosas.

En Israel, esas banderas llevan los símbolos del judaísmo, el islam y el cristianismo, mientras que en Cisjordania asistimos de nuevo al despliegue del repugnante proceso de limpieza étnica, con colonos que intimidan violentamente a los palestinos en directo por televisión, respaldados por los soldados israelíes.

También allí la rabia por haber sido expulsados de la tierra para crear *Lebensräume* (espacios vitales) para los colonos judíos se ha vuelto profunda y arraigada, y seguirá latente durante generaciones.

La postura del comunismo auténtico es que este tipo de disputas nunca podrán resolverse bajo el régimen capitalista. Peor aún: la amargura y el odio persistentes que generan serán explotados constantemente en guerras por poder y para crear una brecha entre los trabajadores.

No será para siempre, como tampoco lo fue en la huelga de Belfast de 1907, en la que estibadores y cargadores católicos y protestantes lucharon hombro con hombro para alcanzar objetivos de clase comunes. Este decidido acto de anteponer la solidaridad de clase a la nacional llenó a la burguesía de un temor existencial. En consecuencia, se esmeró en garantizar la exacerbación de las tensiones "comunitarias" entre los bandos religiosos tradicionalmente opuestos, entre colonizados y colonizadores. Un instrumento de división y dominio sobre los trabajadores.

Ciertamente, no subestimamos las dificultades que los trabajadores deben afrontar para crear alianzas por encima de los frentes en un contexto bélico. Pero cualquier solidaridad de este tipo que se construya, por pequeña que sea al principio, es la semilla del futuro. La repugnante propaganda de los Estados en guerra está bien calibrada, pero la clase obrera debe aprender a resistirla. Su lealtad pertenece a su propia clase. Y al partido que tutela y preserva la conciencia de su papel histórico, un partido que explica el pasado, el presente y el futuro de la clase y que la ayuda a evitar las trampas que la burguesía pone constantemente en su camino.

No podemos hacer otra cosa que seguir repitiendo sin cesar que los trabajadores no tienen patria. El Estado no es neutral; está al servicio de la burguesía. Y esta, a su vez, sirve a un único Dios, el dios Ganancia, un Dios sediento de sangre.

LAS BURGUESÍAS EN LA VORÁGINE DE LA DEUDA

Cuando se habla de cuestiones económicas, a la retórica dominante le gusta asimilar el presupuesto estatal al familiar. Es costumbre que se diga que se ha vivido "por encima de las propias posibilidades", y que por esto hay que apretarse el cinturón, aceptar sacrificios y resignarse al recorte de los servicios públicos. Pero el Estado responde a lógicas muy diferentes y la sociedad no es en absoluto homogénea: por un lado están los pocos "hijos elegidos" y por el otro la inmensa mayoría de "hijastros", que componen la clase trabajadora. El Estado no es una institución neutral, sino un instrumento al servicio de la clase dominante para mantener su poder económico y social. Por lo tanto, los "sacrificios" tienen como destinatarios predestinados a los "hijastros".

En la contabilidad anual del Estado, una partida es la del costo de los intereses sobre la deuda pública: según el Documento Programático de Finanzas Públicas del Ministerio de Economía, en 2025 alcanzó los 87,2 mil millones de euros. La deuda de las administraciones públicas italianas ascendía a 3.097,1 mil millones, equivalente al 136,7% del producto interno bruto.

Para comprender la magnitud de estas cifras, basta considerar que el gasto por los intereses de la deuda equivale a cerca del 43% de toda la masa salarial pública. En otras palabras, frente a un costo total de 200 mil millones de euros para los cerca de 3,3 millones de empleados públicos, lo destinado a honrar los intereses por vencer bastaría para pagar casi la mitad de sus sueldos.

Entre 2005 y 2015, mientras la relación deuda/PIB saltó del 106,2% al 134,8%, la carga de los intereses descendió al 4,1%. Durante la pandemia de 2020, la deuda tocó el pico del 154,4%, pero el gasto por intereses descendía al mínimo histórico del 3,4%. Respecto al 3,4% del PIB de 2020, los intereses vuelven a niveles más elevados: 4,1% en 2022, 3,6% en 2023, 3,9% en 2024 y 3,8% en 2025.

Los datos de la tabla evidencian, en cambio, la magnitud de la deuda, expresada en miles de millones de euros, casi duplicada entre 1995 y 2014, superando el umbral de los 2.000 mil millones. En el último trienio, de 2023 a 2025, el crecimiento ha sufrido una fuerte aceleración, marchando a un ritmo superior a los 100 mil millones al año. Este incremento es el efecto combinado de dos factores: el fin de la temporada del dinero a costo cero, culminada en 2020 con las masivas compras de títulos por parte de los bancos centrales, y la posterior alza de las tasas de interés para frenar la inflación.

Año	Deuda Pública nominal (miles de millones €)
1995	1.100
2000	1.300
2014	2.135
2020	2.579
2023	2.868
2024	2.966,9
2025	3.095,5

La masa de la deuda total y el desembolso anual por los cupones viajan por vías separadas. El motivo principal es el factor tiempo. El Estado no se endeuda todo en un día y no debe devolver los préstamos todos juntos: la deuda está compuesta por títulos que tienen vencimientos diferentes, desde pocos meses hasta treinta años. Cuando las tasas de interés de mercado suben o bajan, el efecto no se vuelca instantáneamente sobre las arcas públicas, sino que afecta solo a las nuevas emisiones.

Otra variable es la diferencia (en inglés *spread*) entre el rendimiento de los BTP italianos y el de los Bund alemanes, considerados más estables, termómetro de la confianza de los mercados. Cuando el *spread* sube, el Tesoro debe ofrecer intereses más altos para convencer a los inversores de comprar los títulos italianos, acelerando el encarecimiento del gasto público. En consecuencia, los bancos aumentan las tasas sobre las hipotecas de las familias y sobre los préstamos a las empresas, frenando el consumo y las inversiones y retrasando el crecimiento del PIB. En el bienio entre 2024 y 2025, el gasto por intereses ha vuelto a subir hacia el 3,8% del PIB porque los viejos títulos emitidos a tasas bajísimas han vencido y han sido sustituidos por nuevas obligaciones más caras.

Según el Boletín de los ingresos tributarios del Ministerio de Economía y Finanzas, en la sección relativa a las recaudaciones del año 2025, las retenciones del IRPEF sobre los ingresos del trabajo dependiente ascienden a 94.387 mil millones de euros en el sector público y a 97.886 mil millones en el sector privado. En honor a la verdad, las retenciones sobre los ingresos de los trabajadores autónomos son, en cambio, solo 14.992 mil millones. En conjunto, las retenciones referidas únicamente a los trabajadores dependientes alcanzan, por tanto, los 192.273 mil millones de euros. Si el gasto por intereses sobre la deuda pública en 2025 fue igual a 87,2 mil millones, equivale al 92,4% del total de los impuestos pagados por los empleados públicos. Considerando también las retenciones de los empleados privados, la incidencia es del 45,4% del total.

Las consecuencias de estas restricciones contables se traducen en un progresivo desmantelamiento del salario indirecto de los trabajadores, comúnmente llamado Estado social. Para hacer espacio al pago de estos 87,2 mil millones de euros de intereses, la burguesía, a través de su Estado, impone una drástica contracción del gasto público: en la sanidad pública, la escuela, los transportes, en la asistencia social, yendo a golpear a la clase trabajadora que, por ironía de la suerte, contribuye de manera preponderante a los ingresos estatales precisamente a través de las retenciones sobre sus propios salarios y sueldos.

Estas cifras presupuestarias no revelan una crisis "de mala gestión" de la maquinaria estatal italiana, ni la voracidad de efímeros parásitos, sino la inexorable condena de un modo de producción llegado a su fase terminal. El Estado burgués, enorme y monstruoso aparato de opresión, no es más que el garante contable y militar de esta inmensa montaña de capital, que se nutre de la sangre del trabajo vivo.

Incluso los economistas burgueses han perdido la ilusión de poder sanear las cuentas con reformas, austeridad o expansiones monetarias. Ya no tienen mucho margen de maniobra: la dinámica del capitalismo no se corrige, se sufre hasta el colapso. El proletariado no tiene ninguna responsabilidad por la deuda de la nación burguesa, ni interés en reducirla: tiene la tarea inmediata de organizarse para devolver al remitente las exigencias de sacrificios y luchar por mejores condiciones de vida y de trabajo. Derrotismo también financiero.

PROTESTA DE VETERANOS EN TURQUÍA

En el capitalismo tardío, donde los conflictos imperialistas, el militarismo y la opresión de clase son constantes, las víctimas de la guerra son siempre el proletariado. El proletariado, arrastrado a la fuerza al frente, se encuentra rodeado de balas, tanques, aviones y minas, víctima de una guerra que no es suya. Desde la escuela, se les inculca la nobleza de morir defendiendo la patria, pero más tarde descubren que esta realidad es una mentira. La prensa y los partidos burgueses ensalzan a los mártires caídos

heroicamente, pero en realidad, las muertes proletarias solo aparecen en los medios mientras sirven para alimentar la retórica nacionalista. Para justificar la guerra, se quejan de que el enemigo "atacó primero", "masacró civiles", pero esta falsa sensibilidad es meramente parcial, un pretexto para preparar la masacre perpetrada contra los proletarios del bando contrario.

El marxismo jamás ha interpretado la guerra como algo ajeno a la realidad de clase. De lo contrario, seríamos pacifistas pequeñoburgueses. En la era imperialista, la guerra es una necesidad, y desde el punto de vista del proletariado, resulta irritante tanto si se trata de una guerra defensiva como de una invasión. Aunque no lo admitan abiertamente, los capitalistas la desatan para facilitar la exportación de capital, y con este único propósito, los Estados burgueses arrojan a los proletarios a ella como si fueran carne de cañón.

Como dijo Engels: «Así como en una familia burguesa el hombre es burgués y la mujer proletaria, en el ejército del Estado burgués los oficiales superiores son burgueses, mientras que los soldados son proletarios». Incluso el soldado que muere o queda discapacitado está sujeto a la distinción de clases. Entre los veteranos supervivientes obligados a vivir con graves discapacidades, la distinción de clases es evidente: encontrar trabajo es ahora muy difícil porque ya no son útiles para el capital. Tras haber afrontado mayores peligros y enfrentamientos directos en la guerra que los rangos superiores, son siempre ellos quienes se encuentran en dificultades económicas. La sociedad burguesa se reproduce y se manifiesta por doquier.

En Turquía, veteranos y familiares de soldados caídos procedentes de las 81 provincias se congregaron en Güvenpark, Ankara, para protestar por la igualdad de derechos personales, independientemente del rango. Al decimoquinto día de la sentada, el representante de la Asociación de Familias de Caídos y Veteranos se quejó de la falta de respuesta del gobernador y anunció una huelga de hambre. Ya no pueden vender su fuerza de trabajo ni servir en el ejército; ahora son inútiles para el capital y el Estado.

Preguntaron: «¿Acaso una bala, una bomba, una mina o un cohete reflejan el rango de un soldado? ¿Acaso las lágrimas de una madre que se entera del martirio de su hijo solo brotan tras comprobar el rango en su hombrera? ¿Acaso el brazo amputado de un veterano, su pierna perdida, su ojo desfigurado o el dolor que lo acompaña toda la vida cambian según su rango? Las familias de los caídos y los veteranos deben tener garantizados los mismos derechos personales, sin distinción de rango. Los derechos sociales, la sostenibilidad económica y las oportunidades de empleo deben distribuirse según el principio de equidad. Deben proporcionarse servicios integrales de salud, rehabilitación y apoyo psicológico. Deben reforzarse las garantías relacionadas con la educación y el futuro de los hijos de los caídos. El Estado debe garantizar las necesidades de asistencia, prótesis y atención médica de los veteranos de manera acorde a las condiciones actuales».

No negamos que estos discursos también empleen un lenguaje nacionalista y patriótico. Sin embargo, tras ellos subyace una auténtica reivindicación de clase, el desgarrador grito de la opresión proletaria, la denuncia de la insignificancia, a ojos de la burguesía, de las vidas arriesgadas por la patria burguesa.

Toda lucha política es una lucha de clases, y el Estado es también producto de ella. La actitud del Estado burgués hacia los veteranos es coherente con la de un Estado de clase.

La manifestación en Ankara no incluyó ningún acto de violencia ni amenazas. Sin embargo, incluso esta acción pacífica, que solo exigía igualdad, bastó para atemorizar al Estado burgués. Al amanecer, alrededor de las 5:00 a. m., los familiares de los caídos y los veteranos, que dormían en colchones en el suelo, fueron evacuados, y el parque Güvenpark fue desalojado y acordonado.

Los políticos al servicio del capital han desempeñado cada uno su papel. Los partidos fascistas han ocultado el carácter clasista del movimiento denunciando su falta de respeto hacia las fuerzas armadas y reiterando que el AKP es un enemigo del pueblo turco, sin distinción de clase. Desde el Frente Socialdemócrata, Özgür Özel se reunió con veteranos para decirles, en referencia al programa "Turquía sin Terrorismo", que «el desarme debe llevarse a cabo en el Parlamento», buscando renovar la fe en la democracia parlamentaria.

Además, todos estos partidos del capital han apoyado la guerra en el Kurdistán del Norte con una agresividad que reflejaba el deseo de un baño de sangre, y han seguido con sus discursos chovinistas incluso durante las conversaciones de paz, alegando que se había concedido demasiado a los kurdos. Mientras se desarrollaba el llamado "proceso de paz", "decisivo", mientras se debatía incluso la enseñanza de la lengua kurda en las escuelas, la socialdemocracia "pacifista" ha alimentado la retórica nacionalista lamentando que fueran las "amplias libertades" concedidas a las minorías en la época otomana las que condujeran a la desintegración ¡del Imperio!

Lo que asusta a estos partidos burgueses no es la muerte de los proletarios kurdos y turcos, sino el debilitamiento de la opresión nacional y la posibilidad de que los trabajadores se liberen de las divisiones nacionales.

La distinción entre la izquierda y la derecha del capital desaparece cuando surgen las demandas de clase; en lugar de "diferencias" aparece la lealtad al orden establecido y la colaboración patriótica.

La oposición a toda la guerra de la fase imperialista del capitalismo solo

puede avanzar mediante un ataque internacionalista intransigente. Hoy, como en el pasado, los comunistas harán un llamado a los proletarios, tanto en el frente como en la retaguardia, para que enarbolen la bandera de la dictadura del proletariado y del derrotismo revolucionario contra las guerras del capital.

Este período doloroso de la historia de la humanidad terminará con la toma del poder por parte del proletariado, que acabará con la sociedad de clases y, de sus cenizas, hará surgir el comunismo, una sociedad sin clases, sin Estado y sin propiedad privada.

GENOVA, ITALIA: NUEVO DECRETO SOBRE LA ESCUELA NINGÚN NIÑO ES EXTRANJERO Y NINGÚN TRABAJADOR

Este es el folleto que repartimos tras el enésimo decreto xenófobo del gobernador.

Hoy, en una escuela primaria de Génova, padres y profesores han puesto una pancarta en la que se lee "Aquí nadie es extranjero", en referencia a los niños y al decreto-ley promulgado ayer por el gobernador, con medidas ridículas que solo sirven para la campaña electoral, alimentando el caballo de batalla de la xenofobia, que se azuza continuamente.

La pancarta fue retirada durante la entrada de los alumnos por dos diligentes agentes de la policía política, lo que provocó la reacción de los padres, y finalmente se volvió a colgar.

La acción de los padres y los profesores fue, sin duda, muy loable. Añadimos que, además de los niños, tampoco hay ningún trabajador que sea extranjero. Porque todos lo son, extranjeros. Porque todas las patrias están ya en contra de los trabajadores: son sus cárceles políticas las que hay que derribar.

La patria de los trabajadores es su clase social unida más allá de las fronteras.

Los intereses de los trabajadores son los mismos, más allá de las divisiones entre empresas, categorías y, en última instancia, incluso entre naciones.

Así como las empresas quieren hacer que "sus" trabajadores asuman la responsabilidad de la competencia en el mercado –lo que no puede sino conducir a aceptar sacrificios económicos–, así también los Estados burgueses exigirán e impondrán a los trabajadores el tributo de sangre en la guerra imperialista que madura ante nuestros ojos y que ya ha estallado en varios focos atroces.

La empresa es la prisión sindical de los trabajadores, al igual que la patria es la prisión política.

Es el engaño de una burguesía que hace negocios en un mercado internacional, pero que debe mantener oprimidos a los trabajadores mediante ideologías corporativistas y nacionalistas, versiones laicas, pero no menos reaccionarias, de los sectarismos religiosos.

Cuando veamos en los lugares de trabajo pancartas que digan "Ningún trabajador es extranjero", significará que estamos avanzando hacia la emancipación social y política de la bárbara sociedad del capital.

AZERBAIYÁN LA PROHIBICIÓN DEL VELO EN LAS ESCUELAS Y LA MISOGINIA DEL LAICISMO BURGUÉS

Una nueva disposición legal en Azerbaiyán, que establece que «no se permite el uso de prendas que no se ajusten al principio de laicismo de la educación general», ha prohibido el acceso a las escuelas a las alumnas que llevan velo. La cuestión es muy distinta de la que debaten los defensores de la libertad liberal –siervos a las órdenes de la burguesía– y los fanáticos religiosos, que no se quedan atrás. Nosotros, los comunistas, no proponemos una reforma constitucional en defensa de las prácticas religiosas, ni defendemos el ateísmo burgués que aleja a la clase obrera de sus objetivos. Por el contrario, condenamos tanto el ateísmo burgués como el fanatismo religioso.

En las redes sociales han comenzado a circular vídeos que muestran a chicas con velo a las que se les niega el acceso a la escuela y en algunos centros se han producido protestas. El argumento del Gobierno es contundente: según el Ministerio del Interior de Azerbaiyán, 37 alumnas se encuentran detenidas, aunque circulan rumores de que serían 200. Desde el 12 de octubre, en Azerbaiyán se ha restringido incluso el acceso a TikTok, Instagram y Facebook.

El Gobierno pretende defender el "nacionalismo" y la "laicidad", mientras que se opone a una serie de ideas burguesas como la libertad de pensamiento. Ambas facciones,

consciente o inconscientemente, adoptan una actitud antiproletaria.

Sin embargo, la prensa burguesa muestra muy poco interés por el problema desde el punto de vista de las mujeres. Las estudiantes afectadas por la prohibición del velo son, en su mayoría, hijas de familias proletarias. La ley, en realidad, es una nueva imposición burguesa a las mujeres proletarias.

La burguesía, al igual que en todos los países, también en Azerbaiyán intensifica la competencia, reduce los salarios de las mujeres proletarias, les impone las tareas domésticas, las priva de educación y las obliga a vender su cuerpo. En el caso de la clase trabajadora azerbaiyana, el salario nominal de las mujeres proletarias es inferior al 33 % del de los hombres, y esta es solo la parte más evidente del problema.

Incluso en la denominada "sociedad civil" azerbaiyana, aparentemente igualitaria, las mujeres trabajan en los sectores con los salarios más bajos (educación, asistencia social, entretenimiento), mientras que los hombres lo hacen en aquellos con salarios más altos (transporte, energía, construcción, minería). En los sectores donde los salarios son relativamente más altos, el porcentaje de mujeres puede descender incluso por debajo del 10 %. Además, mientras que solo el 58 % de las mujeres azerbaiyanas tiene un puesto en el mercado laboral, este porcentaje asciende al 71 % entre los trabajadores varones. Esta es una ley del capitalismo y ninguna constitución, que no es más que un trozo de papel, puede cambiarla.

Este nuevo impedimento para asistir a las escuelas no hace más que devaluar aún más su fuerza laboral y hacerlas más dependientes de sus maridos. El gobernador azerbaiyano, que en la cuestión del velo afirma situarse del lado de la laicidad y del Estado de derecho frente a las costumbres religiosas retrógradas, en realidad no hace más que imponer a las mujeres una nueva cadena.

Aunque la laicidad del Estado se presenta como un principio que los comunistas deberían defender, a estas alturas, como en el ejemplo citado anteriormente, se ha convertido en una nueva cadena ideológica que oprime a la clase obrera. La laicidad se basa en el supuesto burgués de que el Estado y la religión son independientes de la lucha de clases y de que el Estado, al tomar decisiones políticas autónomas, puede mantener una posición neutral frente a la religión. Sin embargo, cualquiera puede darse cuenta de lo grande que es esta mentira. Y Azerbaiyán lo confirma.

Si los comunistas critican la religión y, al mismo tiempo, rechazan conceptos como la laicidad y el secularismo, ¿cuál es la actitud proletaria frente a la religión?

En nuestro texto "La crítica de la religión en Marx y Engels": «La necesidad de religión solo puede desaparecer con la transformación de las relaciones de producción. Las clases dominantes utilizan la religión para defender sus propios intereses mundanos».

Lenin afirmó claramente que «la unidad en la verdadera lucha revolucionaria que la clase oprimida libra para crear un paraíso en la tierra» es mucho más importante que la «unidad de la visión proletaria del paraíso en el cielo» ("Socialismo y religión", diciembre de 1905).

Los comunistas marxistas, ateos desde su nacimiento y por necesidad, no incluyen en sus programas la consigna confusa e interclasista de la abolición de las religiones, típica del racionalismo burgués del siglo XVIII y de la pequeña burguesía actual. Defienden, en cambio, la eliminación material de la religión como producto del hombre, la abolición del trabajo asalariado y de la propiedad privada.

Marx, en "El Capital", explica que en una sociedad en la que los hombres controlan sus propias dinámicas sociales y se unen libremente, también se liberarán de la religión: «Para una sociedad basada en la producción de mercancías, en la que los productores, al entrar en relación social entre sí, valoran en general sus productos como mercancías y valores, reduciendo así su trabajo individual y privado a un trabajo humano indistinto, el cristianismo en particular, con su culto abstracto al hombre –al igual que el protestantismo, el deísmo y similares, que son desarrollos burgueses–, es la forma de religión más adecuada».

Por lo tanto, nuestra liberación de la religión y del laicismo burgués, igualmente vergonzoso, solo es posible mediante la eliminación del capital por parte de la clase obrera.

La burguesía, por un lado, arrastra a la clase obrera a la miseria y la ignorancia; por otro, se aprovecha de las creencias de los proletarios a los que ha mantenido en la ignorancia. Y no solo eso, sino que desprecia a estos proletarios precisamente por sus creencias (¡como si no gastara millones en inculcarles esas mismas creencias!). ¡Esta es la actitud de la burguesía hacia los proletarios también en Azerbaiyán!

La creciente crisis económica y la inminente guerra imperialista están demostrando a los trabajadores que solo hay una solución: no la que describen los libros de texto burgueses de pacotilla, sino la que surge de la práctica de la vida real: la conquista del poder. En este camino, el proletariado debe luchar tanto contra las ideas religiosas como contra las laicas y seculares. Por mucho que la derecha y la izquierda burguesas parezcan distantes en esta cuestión, están plenamente de acuerdo en la necesidad de aturdir a los proletarios con venenos ideológicos.

Ninguna constitución podrá garantizar jamás la liberación de las mujeres, que solo vendrá de la revolución proletaria, en el comunismo.

LA ILUSIÓN DE LA PROSPERIDAD COMPARTIDA: RAÍCES COMUNES DEL KEYNESIANISMO, EL "SOCIALISMO DEMOCRÁTICO" Y EL NAZISMO

Para los economistas burgueses liberales y sus discípulos reformistas, el deterioro de las condiciones de los trabajadores no se explica por las leyes de la producción capitalista, sino por el abandono de las políticas keynesianas que supuestamente garantizaban la prosperidad para todos durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Según esta narrativa, el giro neoliberal que comenzó en las décadas de 1970 y 1980, caracterizado por la desregulación, la privatización, los ataques contra los sindicatos y el desmantelamiento de las protecciones sociales, destruyó la supuesta armonía entre capital y trabajo. La solución, se nos dice, es regresar a la época dorada del capitalismo democrático estadounidense, cuando sindicatos fuertes, impuestos progresivos, programas de bienestar social, intervención gubernamental e incluso la participación accionaria de los empleados aparentemente permitían a los trabajadores participar de los frutos del crecimiento económico.

Este es el ideal nostálgico que subyace a gran parte del programa de Bernie Sanders y del ala progresista "socialista democrática" del Partido Demócrata. Para estos reformistas, el problema fundamental se reduce a la distribución desigual del producto social, la llamada "desigualdad" económica, como si la explotación pudiera abolirse otorgando al proletariado una mayor participación en el valor que produce.

El keynesianismo busca estabilizar el capitalismo mediante el gasto público, el déficit público, los impuestos y la política monetaria para estimular la inversión y el consumo. Lejos de superar el antagonismo entre capital y trabajo asalariado, pretende preservar las tasas de ganancia, ofreciendo al mismo tiempo la ilusión pequeñoburguesa de un capitalismo más equitativo en el que las clases podrían participar pacíficamente de los beneficios de la explotación.

En realidad, el capitalismo estadounidense nunca abandonó del todo el keynesianismo; simplemente descartó aquellos aspectos que ya no eran compatibles con los intereses inmediatos del capital.

El consenso keynesiano de la posguerra sirvió para estabilizar la acumulación capitalista, contener la militancia obrera y preservar las relaciones de producción existentes. Una vez que la rentabilidad se vio presionada durante las crisis de la década de 1970, el capital se volcó cada vez más hacia el "neoliberalismo", desmantelando las protecciones sociales, atacando a los sindicatos, desregulando la industria y restableciendo la rentabilidad mediante una explotación intensificada.

Sin embargo, la burguesía estadounidense nunca renunció a la intervención estatal. El gasto deficitario, la intervención monetaria, los subsidios públicos, el gasto militar y las garantías estatales para el capital privado siguieron siendo características esenciales de la economía estadounidense.

Pero, ¿qué fue exactamente este célebre período de prosperidad compartida en el apogeo del keynesianismo?

La tremenda expansión del capitalismo estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial fue posible gracias a unas condiciones históricas concretas: la destrucción de las fuerzas productivas durante la guerra, la supremacía industrial sin parangón de Estados Unidos y la enorme expansión del mercado mundial, con Estados Unidos como potencia imperialista dominante indiscutible.

En estas condiciones excepcionales, la burguesía podía conceder salarios más altos y prestaciones sociales a sectores de la clase trabajadora sin renunciar a su control sobre la producción ni interrumpir la extracción de plusvalía. La relación fundamental entre capital y trabajo asalariado permaneció inalterada. Incluso la distribución de acciones de la empresa entre los empleados, presentada como la democratización de la propiedad capitalista, no abolió la condición proletaria.

La expansión de la posguerra no fue el triunfo del keynesianismo sobre las leyes económicas de Marx, sino el resultado de unas condiciones históricas excepcionales. Al desaparecer estas condiciones y verse presionada la rentabilidad, el compromiso de la posguerra entró en crisis, poniendo de manifiesto los límites de la intervención y la redistribución estatales.

Ya en 1954, en ¿*Volcán de la producción o pantano del mercado?*, nuestro Partido demolió los fundamentos económicos de la concepción burguesa de la prosperidad compartida, en particular la fantasía de los economistas del bienestar de una sociedad en la que el capital pertenece, en cierta medida, a todos.

Según esta concepción, los trabajadores recibirían no solo un salario, sino también una participación en la renta del capital mediante el ahorro, las inversiones y la propiedad de acciones de la empresa, superando así, supuestamente, el antagonismo entre capital y trabajo. Sin embargo, el texto demuestra lo absurdo de este modelo a través de los propios cálculos de los economistas burgueses: incluso imponiendo tasas de ahorro del 12%, 16%, 20% o 25% sobre los ingresos de los trabajadores, el crecimiento anual resultante del capital social ascendería a un mísero 1%, o

aproximadamente un 2% si se tienen en cuenta los aumentos de productividad.

A estas tasas, el capital solo se duplicaría o triplicaría en un siglo con un crecimiento del 1%, o se multiplicaría por siete con un crecimiento del 2%, lo cual resulta totalmente insuficiente para explicar la enorme expansión histórica de la producción capitalista. El modelo de Marx, en cambio, demuestra que la acumulación se produce principalmente mediante la reinversión de la plusvalía apropiada por los capitalistas, y no mediante el ahorro de los trabajadores, cuyos salarios se consumen mayoritariamente en la reproducción de su fuerza de trabajo.

El texto ilustra cómo la reinversión del 15% o el 30% de las ganancias y rentas podría generar tasas de acumulación anuales del 5% o el 10% en su modelo simplificado, revelando el verdadero fundamento de la expansión capitalista: la explotación del trabajo asalariado y la concentración de la riqueza acumulada en manos de la burguesía. La sociedad imaginaria de accionistas universales de los economistas del bienestar oculta, por lo tanto, las relaciones de clase de las que depende realmente la acumulación. Aquí reside la contradicción fundamental del sueño keynesiano de prosperidad compartida: la acumulación capitalista requiere la extracción y reinversión de plusvalía, mientras que la promesa de una distribución cada vez más equitativa de la riqueza oculta el antagonismo entre salarios y ganancias.

La explicación liberal subvierte el desarrollo histórico del capitalismo. En lugar de explicar los cambios en la política económica a través de las contradicciones de la acumulación capitalista, atribuye el deterioro de las condiciones de los trabajadores al triunfo de ideas económicas erróneas.

El neoliberalismo se convierte así en el villano de la historia, mientras que el modo de producción capitalista queda exento de responsabilidad. Estas tendencias operaron durante la supuesta edad de oro del capitalismo keynesiano, al igual que lo hacen hoy. El gasto público, la tributación progresiva, la inversión pública y el estímulo de la demanda de consumo pueden sostener temporalmente la acumulación o modificar la distribución del ingreso, pero ninguna de ellas elimina el trabajo asalariado, la extracción de plusvalía ni la tendencia a la sobreproducción. La producción capitalista no se rige por la satisfacción de las necesidades humanas, sino por la posibilidad de obtener ganancias.

Hoy en día, un programa keynesiano renovado y de Estado de bienestar, como el propuesto por los socialistas democráticos, no es más que puro utopismo, pues se enfrentaría a las mismas contradicciones que socavaron el compromiso de la posguerra. Los socialistas democráticos se distinguen de los defensores declarados del capitalismo de libre mercado al exigir una distribución más equitativa de sus beneficios. Pero en la medida en que proponen superar la desigualdad capitalista mediante la redistribución, la propiedad pública dentro de una economía de mercado y la gestión estatal de la inversión, preservando al mismo tiempo el trabajo asalariado y la producción de mercancías, su programa se mantiene dentro del horizonte burgués.

La experiencia histórica de Alemania ofrece un ejemplo esclarecedor de la relación entre estos programas económicos reformistas inmediatos, la socialdemocracia, la crisis capitalista y la guerra imperialista. Tras las convulsiones revolucionarias de 1918-1919 y la derrota del movimiento obrero revolucionario, la República de Weimar, bajo la influencia decisiva de la socialdemocracia, preservó las relaciones de propiedad capitalistas al tiempo que intentaba conciliar el antagonismo entre el trabajo y el capital mediante la negociación colectiva, la seguridad social y la intervención estatal.

El movimiento revolucionario fue derrotado, y la promesa socialdemócrata de una transición gradual hacia el socialismo quedó confinada a los límites de la sociedad burguesa. Cuando la crisis económica mundial destrozó los cimientos de este compromiso de clase, el régimen nazi heredó una economía industrial avanzada e instituciones de administración económica estatal, reorientándolas hacia la militarización, el rearme y la expansión imperialista. Todo esto constituía una política esencial para mantener la aristocracia obrera que se desarrollaba bajo la socialdemocracia y se desmoronaba bajo las presiones de la crisis económica mundial. La guerra y las políticas liquidacionistas nazis permitieron que las políticas sociales de los socialdemócratas se prolongaran bajo el dominio nazi. Se reveló una cruda verdad que más tarde se reafirmaría con el New Deal de Roosevelt: que las políticas y los programas de la socialdemocracia solo pueden sostenerse mediante una ola de chovinismo nacionalista y la brutal expansión de la matanza imperialista.

El ascenso de una facción socialdemócrata en el Partido Demócrata, y el resurgimiento de este partido en el poder en Washington, en medio de un sistema económico capitalista que avanza a toda velocidad hacia una crisis catastrófica y una guerra interimperialista, no tendrá un resultado diferente al del pasado.

En el seno de una economía estadounidense extremadamente endeudada que se enfrenta a una creciente crisis de sobreproducción, las promesas electorales de los reformistas de la pequeña burguesía, como la ampliación del bienestar social y un nuevo acuerdo entre el trabajo y el capital, solo pueden autofinanciarse, al tiempo que mantienen la continua acumulación de capital mediante la intensificación del bandidaje imperialista.

La alternativa sería aceptar la necesidad de la revolución comunista y la destrucción del trabajo

asalariado, el intercambio mercantil y la empresa con fines de lucro como base de toda la vida social. Los programas y demandas "intermedios" de los falsos socialistas solo garantizan y demuestran su continuo apoyo y conformidad con sus supuestos oponentes fascistas en el campo burgués.

Hoy en día, todo esto está a la vista de todos, desde las ocasionales expresiones de admiración por los programas económicos nazis por parte de los multimillonarios estadounidenses hasta el entusiasmo mucho más generalizado de los pequeños millonarios, los dueños de pequeñas empresas y otros parásitos similares por el ala "progresista" socialdemócrata del Partido Demócrata.

Mientras el Partido Demócrata prepara su regreso triunfal a la administración del poder burgués, los partidos obreros oportunistas y los "antifascistas" de todo tipo se preparan para otro estallido mesiánico de entusiasmo democrático, que rivaliza con la histeria liberal que acompañó la elección de Obama, cuando se proclamó la supuesta salvación de la democracia estadounidense contra el supuesto fascismo excepcional de Bush.

A diferencia de quienes redescubren perpetuamente el carácter de clase del Estado burgués solo después de sufrir sus golpes, el movimiento comunista, fiel a su programa invariable y a las lecciones de sus luchas históricas, nunca se ha hecho la ilusión de que la emancipación del proletariado pudiera confiarse a ninguna facción de la burguesía, por muy democrática, progresista o antifascista que sea su apariencia.

DEMOCRACIA Y FASCISMO: EL JANO DE DOS CARAS DEL CAPITALISMO

CUANDO INCLUSO LA BURGUESÍA SE VE OBLIGADA A ESTAR DE ACUERDO CON NOSOTROS

Informe presentado en la reunión general de septiembre de 2023

(Continuación del número 51 de nuestra prensa en español)

Del ordinovismo al corporativismo

No analizaremos aquí el ordinovismo, ya que está presente en nuestros estudios. Nos limitaremos a sus conceptos productivistas, que se derivan del sindicalismo revolucionario y del corporativismo fascista paralelo en su enfoque en los "productores", culminando finalmente en el "nuevo partido" de Togliatti, es decir, la plena aceptación de la producción capitalista y la patria. "¡Del… comunismo absoluto al comunismo activo y operativo!"

El "nuevo partido" data en realidad de 1924, con la nueva dirección centrista, que aún no mostraba indicios de traición manifiesta. Sin embargo, se fundamentaba en un marxismo mezclado con neokantismo y neoidealismo, con el pensamiento de Croce y Gentile, con el vitalismo y el espiritualismo, con Proudhon y el concretismo (es decir, el pragmatismo). A esto se sumaba el concepto de una función nacional para la clase trabajadora, derivada directamente del sindicalismo o mediada por Gobetti.

Un ejemplo entre muchos es un artículo publicado en el "Ordine Nuovo" el 29 de noviembre de 1919: «El problema inmediato del Partido Socialista es (...) la construcción de un aparato estatal que funcione democráticamente dentro de su propio ámbito, es decir, que garantice a todas las tendencias anticapitalistas la libertad y la posibilidad de convertirse en partidos de gobierno proletario» . Aquí ya encontramos el concepto de un "gobierno obrero", en alianza con otros partidos "anticapitalistas".

En un artículo de Gramsci sobre Sorel, publicado en «Ordine Nuovo» el 11 de octubre de 1919, leemos: «En sus mejores obras parece encarnar un poco de las virtudes de sus dos maestros: la lógica implacable de Marx y la elocuencia conmovedora y popular de Proudhon. Y no se ha limitado a ninguna fórmula (...). Sus palabras no pueden dejar indiferentes a los obreros de Turín, aquellos obreros que tan bien han comprendido que las instituciones proletarias deben crearse a lo largo de un extenso período de tiempo, si no la próxima revolución ha de ser más que un engaño colosal». Aquí se evidencia el gradualismo.

En otro artículo, en «Il grido del popolo», fechado el 9 de febrero de 1918, Gramsci escribe: «La actividad histórica opuesta no dará como resultado ni un Estado profesional, como el que soñaban los sindicalistas, ni un Estado que haya monopolizado la producción y la distribución, como soñaban los reformistas. Sino una organización de la libertad de todos y para todos, que no tendrá un carácter estable ni definitivo, sino que será una búsqueda continua de nuevas formas, nuevas relaciones, que se adapten siempre a las necesidades de los hombres». Aquí se niega la necesidad de una dictadura proletaria transitoria. Esto es precisamente lo contrario de lo que Engels afirmó en su carta a Bebel del 18 al 28 de marzo de 1875: «Mientras el proletariado siga necesitando al Estado, lo necesitará no en interés de la libertad, sino en interés de someter a sus adversarios, y cuando sea posible hablar de libertad, entonces el Estado como tal dejará de existir».

En el ordinovismo, además de la inversión de la pirámide Partido-

Soviético-Sindicato y la confusión sobre la naturaleza y la función de los Soviets, también tenemos la Comisión de Fábricas, que debilita al Partido y al Sindicato y se convierte en el verdadero órgano de la dictadura revolucionaria.

En un artículo publicado en "Ordine Nuovo" entre el 14 y el 28 de agosto de 1920, Gramsci escribió: «Existe en Italia, en Turín, el germen de un gobierno obrero, el germen de un Soviet: es la Comisión Interna; estudiemos esta institución obrera, realicemos una investigación, estudiemos incluso la fábrica capitalista, pero no como una organización de producción material, pues necesitaríamos una cultura especializada que no poseemos; estudiemos la fábrica capitalista como una forma necesaria de la clase obrera, como un organismo político (?), como un "territorio nacional de autogobierno obrero"».

Para el anticomunista Togliatti de 1953, resulta fácil recurrir a las ideas confusas y antimarxistas del ordinovismo. En un texto de M. Ferrara, titulado "Conversando con Togliatti", leemos: « ¿Entendía la dirección socialista que la verdadera tarea consistía en dar un nuevo rumbo a las vastas masas populares, incluida la clase media? ¿Consistía en liderar un movimiento verdaderamente nacional, con la capacidad de reorganizar toda la sociedad italiana sobre nuevas bases?». Estas pocas líneas resumen a la perfección el ordinovismo: contingentismo, localismo, corporativismo, nacionalismo, alianza con la clase media, dirigirse al pueblo en lugar de a la clase, y perseguir una convulsión social que no cuestiona realmente las relaciones políticas y económicas entre clases. Aquí también se evidencia la deuda con el sindicalismo.

El ordinovismo inspiró el discurso "A los comisarios del Departamento de Fiat Centro y de la Fábrica de Patentes" pronunciado en Turín el 13 de septiembre de 1919: «Las masas trabajadoras deben prepararse eficazmente para alcanzar el dominio absoluto de sí mismas, y el primer paso en este camino reside en su más firme autodisciplina en el taller, de forma autónoma, espontánea y libre. Tampoco se puede negar que la disciplina que se establecerá con el nuevo sistema conducirá a una mejora de la producción, pero esto no es sino el cumplimiento de una de las tesis del socialismo ». Stalin, sin duda, estaría de acuerdo en la coincidencia entre la mejora de la producción y el socialismo, al igual que Stakhanov, aunque desconocemos hasta qué punto este último lo haría de forma "espontánea"; pero lo dudamos mucho.

En el "Avanti!" del 14 de diciembre de 1919 leemos: «La asamblea de la sección socialista de Turín votó sobre la cuestión de los consejos de fábrica sobre las "tesis" destinadas a demostrar que:

«1) El consejo de fábrica es un organismo original, comparado con el sindicato, porque el trabajador en el consejo se considera a sí mismo como un productor, necesariamente inserto en el proceso técnico del trabajo y en el complejo de funciones productivas, que son, en cierto sentido, ajenas e independientes del modo de apropiación privada de la riqueza producida; mientras que en el sindicato se induce continuamente al trabajador a considerarse solo como un asalariado, y a considerar su trabajo no como un momento de producción o como una fuente de soberanía y poder, sino como una mera fuente de ganancias [¡horror!].

«2) Por lo tanto, el consejo de fábrica puede considerarse como la célula de la sociedad comunista fundada en la soberanía del trabajo y configurada no según territorios lingüísticos, militares o religiosos, sino según las distinciones de productividad y complejos laborales, puede considerarse como el instrumento adecuado para esa transformación de la psicología y las costumbres de las masas populares que determinará una llegada más rápida del comunismo integral [por lo tanto, antes de la toma del poder] .

«3) Que el consejo de fábrica, tal como surgió en Turín, representa la realización histórica de aquellas instituciones proletarias prerrevolucionarias que se esperaban en el Congreso Socialista de Bolonia».

He aquí una definición perfecta de obrerismo e inmediatismo, de hecho una reformulación del productivismo, la emancipación como un hecho ideal, la negación del comunismo como programa universal de la especie y del camino político para su realización.

En el "Ordine Nuovo" del 20 de diciembre de 1919, leemos la "Moción aprobada unánimemente por la sección de Turín": «La masa de trabajadores manuales e intelectuales, al votar por el Partido Socialista, ha manifestado su deseo de que se establezca el poder obrero, de que se cree un estado de obreros y campesinos. Este poder no puede ser una emanación del parlamento; solo puede ser la emanación de un aparato estatal basado —en todas sus ramas: legislativa, judicial, ejecutiva (burocrática) [la dictadura del proletariado no prevé órdenes ni separación de poderes] — en un sistema de consejos de trabajadores manuales e intelectuales, que surgen en los mismos lugares de producción y, por lo tanto, son capaces de controlar: 1) el proceso de producción e intercambio; 2) los instrumentos de producción e intercambio; 3) la disciplina laboral y la gobernanza industrial.

«Un poder socialista puramente político (?) y que no estuviera firmemente arraigado en el control energético y en un férreo poder económico ejercido directamente (?) por la clase obrera y campesina con sus propios medios y a través de sus organizaciones de clase explotadas en los mismos lugares de producción industrial y agrícola [un sustituto del partido], se transformaría rápidamente en una farsa trágica, durante la cual el poder de la clase obrera y del Partido Socialista sería aplastado por el poder económico de la clase capitalista explotadora».

En la práctica, lo que se prevé no es el comunismo, sino un mercantilismo democrático, corporativo, pero "de abajo hacia arriba".

En el artículo "Sindicatos y consejos" del número del 11 de octubre de "Ordine Nuovo", leemos: «La dictadura proletaria puede encarnarse en un tipo de organización específica de la actividad de los productores y no de los asalariados, esclavos del capital. El consejo de fábrica es la célula primaria de esta organización. Dado que todas las ramas del trabajo están representadas en el consejo, cada oficio y rama del trabajo contribuye a la creación del objeto que la fábrica produce para la comunidad ». La fábrica no produce "para la comunidad": en la producción capitalista, el valor de uso de los bienes existe únicamente en función de, y en proporción a, su valor de cambio.

Más adelante: «Conciencia gozosa de ser un todo orgánico, un sistema homogéneo y compacto que, al trabajar de manera útil, al producir desinteresadamente riqueza social, afirma su soberanía, implementa su poder y su libertad para crear historia» .

De esta última expresión con sabor a Crocean pasamos al artículo aún titulado "Sindicatos y Consejos" del siguiente 8 de noviembre: «El sindicalismo (...) organiza a los trabajadores no como productores, sino como asalariados, donde el trabajador solo puede concebirse a sí mismo como productor si se concibe a sí mismo como parte inseparable de todo el sistema de trabajo que se resume en el objeto manufacturado [es decir, como un apéndice de la máquina], solo si vive la unidad del proceso industrial que exige la colaboración del obrero, el trabajador cualificado, el administrativo, el ingeniero, el director técnico (...). Entonces el trabajador es productor, porque ha adquirido conciencia de su función en el proceso de producción, en todos sus niveles, desde la fábrica hasta la nación, hasta el mundo; entonces siente la clase y se convierte en comunista, porque la propiedad privada no es una función de la productividad [en esta concepción, el socialismo sí lo es] (...). Entonces concibe el "Estado", concibe una organización compleja de la sociedad, porque no es otra cosa que la forma del gigantesco aparato de producción que refleja (...) la vida del taller, que representa el conjunto complejo, armonizado y jerárquico de las condiciones necesarias para que su industria, su taller, su personalidad como productor viva y se desarrolle».

Reiteramos que en la fábrica no existe la "toma de conciencia", y que la organización industrial es un excelente campo de entrenamiento para la disciplina revolucionaria, pero solo con la condición de que la "conciencia comunista" sea importada desde fuera de la fábrica por el único partido que ostenta el programa comunista histórico. En la revolución, la clase obrera se niega a sí misma.

Es evidente la posibilidad de que el corporativismo fascista reutilice ese idealismo productivista y obrerista.

Cabe añadir que la mitología del consejo de fábrica, que une a los "productores", pudo haberse arraigado en la Turín industrial durante la primera mitad del siglo pasado. Hoy, un número cada vez menor del proletariado mundial puede sentirse seguro de tener un empleo estable, ante la amenaza constante de la crisis y el desempleo. La "clase obrera" se encuentra cada vez más fuera de las fábricas individuales, y fuera de ellas puede organizarse, reconocerse, confraternizar y defenderse.

En este sentido, lo que escribimos en «Il Soviet» el 1 de junio de 1919 resulta muy claro: «La clase no debe considerarse como un simple agregado de categorías productivas, sino como un grupo homogéneo de personas cuyas condiciones económicas de vida presentan similitudes fundamentales. El proletario no es el productor que ejerce ciertos oficios, sino el individuo que se distingue por no poseer los medios de producción y por la necesidad de vender su trabajo para subsistir. Podríamos tener también un obrero, organizado formalmente en su categoría, que sea a la vez pequeño terrateniente o capitalista; y ya no pertenecería a la clase proletaria. Este caso es más frecuente de lo que se podría pensar».

Nuestra opinión sobre el fascismo

Para la burguesía, y para una buena parte de los que eran comunistas y nuestros camaradas del PCd'I, el fascismo tenía tres características que siempre hemos denunciado como falsas.

En primer lugar, el fascismo es un fenómeno reaccionario, anclado en el pasado. Existían mitos e ideologías fascistas y nazis que imaginaban una nación de soldados-campesinos, una mezcla entre Perceval y Cincinato, pero esto estaba completamente alejado de la realidad. El adjetivo "reaccionario" solo es preciso si se entiende como una reacción de la burguesía a las acciones del proletariado y al peligro que esto representaba para ella: el fascismo es reaccionario frente al comunismo, pero no frente al capitalismo ni a la democracia. El fascismo fue la respuesta de la burguesía al peligro que el proletariado le planteaba en la fase monopolista e imperialista del capitalismo; fue una modernización del aparato estatal burgués. Además, continuó e implementó las reformas exigidas por los socialdemócratas, incluso en el ámbito económico: el IRI y el ENI representaron una modernización del capitalismo italiano, y no es casualidad que permanecieran con el régimen posfascista. El nacionalista Corradini ya había dicho: «El socialismo es nuestro maestro, pero también nuestro adversario».

La segunda característica que se le atribuye es que el fascismo era un fenómeno "agrario", por lo tanto retrógrado y ajeno a la sociedad industrial moderna: en realidad, fue un fenómeno unitario de la clase dominante más moderna, compuesta

por terratenientes y capitalistas, agrarios e industriales.

La tercera supuesta característica es que el fascismo sería la toma del poder por las "clases medias", en contra de la revolución proletaria y contra los "tiburones" del gran capitalismo: la famosa, e inexistente, "tercera vía".

El PCI, liderado por la izquierda comunista, comprendió de inmediato la verdadera naturaleza del fascismo. Esto queda demostrado en los informes sobre el fascismo presentados por la izquierda en el Cuarto Congreso de la Tercera Internacional en 1922 y en el Quinto Congreso de la Tercera Internacional en 1924. El fascismo es la realidad del dominio de clase en la decadencia del capitalismo; la democracia es su disfraz. Por eso en Italia tuvieron unos veinte años ocultándolo torpemente, y por eso fue necesaria la intervención armada del imperialismo más poderoso.

La novedad del fascismo primitivo radicó en la creación de pequeños grupos armados ilegales para la guerra civil contra las organizaciones obreras, apoyados por el aparato estatal y bajo una dirección centralizada. Mientras que el proletariado italiano reaccionó con incertidumbre y desorganización ante la traición del Partido Socialista. La burguesía comprendió la necesidad de dejar de lado la legalidad y la liturgia democrática y dotarse de una fuerza capaz de unificar a sus diversas clases medias. La centralización política y militar de la dictadura burguesa garantizó su victoria.

El PCdI también intentó unificar al proletariado italiano bajo su liderazgo político y militar, pero en aquel momento la burguesía era más fuerte, principalmente debido al colaboracionismo de clases del Partido Socialista.

Luego vinieron las posiciones erróneas adoptadas por la Tercera Internacional, incluso antes de su degeneración. Nuestras críticas a la Internacional nunca han abogado por una mayor democracia, sino más bien por una mayor y mejor centralización.

En sus primeros años, la Tercera Internacional se diferenció de la de 1928 y 1929, por su proceso de degeneración en que se encontraba. Sin embargo, ya presentaba algunas debilidades que, si bien no provocaron la contrarrevolución estalinista, impidieron que esta fuera contrarrestada eficazmente. La primera, históricamente inevitable, consistió en la preeminencia absoluta del partido ruso, que, si bien había contribuido enormemente a la revolución mundial, en ocasiones favorecía la perspectiva rusa. Esto propició el apoyo, en países donde la revolución burguesa ya se había consumado, a enfoques más propios de las revoluciones duales, como la cuestión del parlamentarismo y el frente unido.

La segunda estrategia consistió en acoger a algunos partidos que solo se declaraban comunistas. El objetivo era forjarlos en el fragor de la revolución, purgándolos de la escoria burguesa. El riesgo, que posteriormente se materializó, era que, una vez extinguido el fuego, la escoria se apoderara del sistema. Además, la Internacional seguía siendo solo una asociación de diversos partidos comunistas, si bien muy centralizada. El aprendizaje histórico y colectivo de las graves lecciones de la contrarrevolución, así como de los errores de la Internacional, nos ha permitido prever que ya no habrá una nueva internacional de partidos comunistas, sino un único partido comunista mundial.

Continuidad contrarrevolucionaria

La colaboración de clases y el corporativismo, más o menos explícitos, constituyen la base de la continuidad entre los regímenes prefascistas, fascistas y postfascistas. Los conceptos "productivistas" que inspiraron el corporativismo también penetraron en nuestro PCI; fueron denunciados por la izquierda, pero adoptados por los ordinovistas y la franja marginal de maximalistas, quienes también participaron en la fundación del partido.

Bombacci era un maximalista que participó en la fundación del PCd'I; anteriormente, había expresado su simpatía por D'Annunzio y la Carta del Carnaro. El 30 de noviembre de 1923, como diputado comunista, pronunció un discurso ante la Cámara de Diputados sobre la reanudación de las relaciones diplomáticas entre Italia y Rusia: «Rusia está en un plano revolucionario: si tienen, como dicen, una mentalidad revolucionaria, no debería tener dificultad en establecer una alianza definitiva entre los dos países ». Parecía que existía una "revolución fascista", un potencial aliado de la revolución bolchevique. Posteriormente fue expulsado del partido, pero más tarde readmitido por decisión de la Internacional, solo para ser expulsado definitivamente en 1927. Después de unos años, se acercó al fascismo. Tras unirse a la República Social Italiana en 1943, fue uno de los principales partidarios del proyecto de "socialización" de las empresas y los medios de producción, una socialización que no tenía otro significado que la propaganda. En un discurso a los Camisas Negras el 15 de marzo de 1945 en Génova, Bombacci dijo: «¡Camaradas! (...). El socialismo no lo creará Stalin, sino Mussolini (...) y él los necesita a ustedes, los trabajadores, para crear el nuevo Estado proletario ». La confusión entre fascismo y comunismo se debía a la incapacidad de distinguir entre productores y proletarios.

La mayor amalgama de confusión y negación ideológica fue el estalinismo.

Un ejemplo fuera de Italia: Portugal. Entre los estalinistas, predominaban las preocupaciones patrióticas. Mientras que Salazar temía una invasión del Frente Popular Español, el Partido Comunista, parte del Frente Popular Portugués, temía una invasión de los partidarios de Alemania. Pero ambos temían la

consiguiente pérdida de sus colonias. En noviembre de 1937, "¡Avante!", órgano del Partido Comunista Portugués, escribió: «La guerra civil, la guerra internacional y la pérdida total de nuestra independencia se ciernen amenazadoramente sobre nuestro país. Unámonos todos, en la medida de lo posible, y liberemos nuestra tierra. Salvemos Portugal. Libéremoslo de los horrores de la guerra. Entreguemos Portugal a los portugueses». Los demócratas y fascistas de hoy también han aprendido del estalinismo, incluso en sus eslóganes.

En Italia, el PCd'I fue el único partido que se opuso verdaderamente al fascismo, mientras que todos los demás intentaron un acuerdo, como la vergonzosa "pacificación" del Partido Socialista. Cuando la contrarrevolución estalinista conquistó la dirección del Partido Comunista, también intentó un acuerdo con el fascismo. En "Il Grido del Popolo" del 11 de abril de 1936 leemos: «Debemos ganar también a los fascistas de la primera hora para la lucha (...) la idea de una 'segunda revolución anticapitalista' se está extendiendo entre ellos». En "Lo Stato Operaio" nº6 de junio siguiente: «Tendemos la mano a los fascistas, nuestros hermanos en el trabajo y el sufrimiento, porque queremos luchar junto a ellos la buena y santa batalla por el pan, el trabajo y la paz (...). Nosotros, los comunistas, queremos hacer de Italia una nación fuerte, libre y feliz. Nuestra aspiración es también la vuestra, fascistas, católicos, italianos de todas las opiniones políticas, de todas las confesiones religiosas». En el número nº8 de agosto: «Proclamamos que estamos dispuestos a luchar junto a ustedes y todo el pueblo italiano por la realización del programa fascista de 1919 (...). Obrero fascista, junto a ustedes queremos hacer de nuestra hermosa Italia una nación fuerte, libre y feliz».

Una alianza entre el fascismo y el estalinismo era ciertamente posible, dada su afinidad ideológica y su función contrarrevolucionaria compartida. En el ámbito internacional, esto se verificó parcialmente con el Pacto Molotov-Ribbentrop; si posteriormente chocaron durante la guerra, fue debido a los intereses divergentes de las potencias imperialistas.

El estalinismo y la contrarrevolución se valieron de todas las ideologías premarxistas defectuosas del movimiento obrero y de las desviaciones del marxismo: del reformismo al maximalismo, del consejismo a la defensa de la empresa, del sindicalismo revolucionario al corporativismo fascista.

Los pequeños partidos actuales que afirman representar a la clase trabajadora, todos ellos demócratas convencidos, incluso cuando se autodenominan comunistas y revolucionarios, recurren abiertamente al obrerismo, al localismo, al empresarialismo y al interclasismo, y reivindican una continuidad con ellos.

Sobre la continuidad entre los estados italianos prefascista, fascista y postfascista, dejamos la última palabra a Olivetti, quien en el período de posguerra, en el semanario de Rossoni "L'Italia nostra", escribió: «La clase no está contra la patria, sino dentro de la patria (...) El patriotismo obrero, tal como lo concibe con perfecta coherencia el sindicalismo revolucionario, es una conquista, una revolución nacional, es la continuidad de la tradición de nuestros grandes».

CONFERENCIA PÚBLICA EN INGLÉS, 13 DE JUNIO
LA "VÍA CHINA" AL… CAPITALISMO

No se trata de cómo se define a sí misma, ni bajo qué bandera se esconde el Estado, sino de lo que realmente es una sociedad, en su carácter de clase, en su trayectoria histórica y en su papel en la economía mundial.

Podemos responder, en primer lugar, con la historia. Desde el colapso del orden imperial, pasando por la traición a los trabajadores de Shanghái en 1927, hasta la independencia en 1949, el Gran Salto Adelante, la ruptura sino-soviética, la Revolución Cultural y la transformación de Deng Xiaoping que creó la China que conocemos hoy.

En segundo lugar, su política internacional, la "Ruta de la Seda", que se presenta como el gran regalo de China a las naciones oprimidas del mundo. ¿Se trata de un auténtico anti-imperialismo o de la sustitución de un imperialismo por otro?

En tercer lugar, el «Sueño Chino», el programa de Xi Jinping para la renovación nacional de aquí a 2049, ¿qué ofrece a los novecientos millones de trabajadores que lo hacen realidad? ¿A qué régimen está sometida la clase obrera? ¿Qué trato reciben las organizaciones sindicales?

Y, en cuarto lugar, la única pregunta que al final importa: ¿qué postura adopta el Estado chino frente al movimiento comunista?

En cada fase del desarrollo del capitalismo en un país, no basta con el color de las banderas que ondean en los edificios públicos, ni siquiera con que se construyan ferrocarriles o con que el nivel de vida de los trabajadores mejore en términos absolutos, sino que lo que importa es qué clase ostenta el poder, qué clase se mantiene sometida y cuál es la

función histórica e internacional de ese Estado.

Cronología de la nación china

La historia de China es la de un capitalismo nacional que se ha consolidado en uno de los últimos grandes territorios de la Tierra.

A principios del siglo XX, China se encontraba sumida en una profunda crisis. Un siglo de saqueos imperialistas había vaciado de contenido al antiguo orden imperial. La clase obrera era una de las más explotadas de la historia de la humanidad. La burguesía era demasiado débil para llevar a cabo su propia revolución: demasiado dependiente del capital extranjero, demasiado vinculada a los terratenientes, demasiado incapaz de unificar la nación. La democracia liberal de Sun Yat-sen lo intentó en 1911 y fracasó. China quedó desmembrada en esferas de influencia, cada una controlada por una potencia extranjera diferente que apoyaba a un señor de la guerra distinto.

En este contexto nació, en 1921, el Partido Comunista de China. La clase obrera industrial se estaba organizando. En Shanghái, Cantón y las grandes ciudades portuarias surgía un sólido movimiento obrero. La pregunta que se cernía sobre todo era la misma que en Rusia en 1905 y en 1917: ¿dirigiría el proletariado la revolución democrática y la transformaría en su propia dictadura? ¿O se subordinaría a la burguesía y esperaría?

La Internacional, renegando de las directrices de su Segundo Congreso, respondió obligando al PCCh a fusionarse con el partido nacionalista de Chiang Kai-shek, el Kuomintang. Dijo a los trabajadores chinos que confiaran en la burguesía nacional. Impuso la teoría de las etapas: primero llevar a cabo la revolución burguesa, luego –quizá, más adelante, al final– pensar en el socialismo.

A principios de 1927, los trabajadores de Shanghái se habían levantado valientemente en una insurrección armada; organizados y disciplinados, se habían apoderado de la ciudad antes de la llegada del ejército nacionalista. Habían establecido Consejos Obreros, tal y como en la Rusia revolucionaria. La Comuna de Shanghái era un hecho consumado, una victoria del proletariado chino y mundial. La clase obrera china había demostrado ser capaz de tomar el poder.

Por eso había que aplastarla. En abril de 1927, llegó Chiang Kai-shek y demostró lo que siempre había significado el Frente Único político: la subordinación a la causa nacional burguesa. Con el apoyo de las potencias imperialistas extranjeras, los nacionalistas se abalanzaron contra los trabajadores. Miles de personas fueron detenidas, ejecutadas o desaparecidas. Las revueltas en las provincias del sur fueron reprimidas. Trescientos mil muertos. La Comuna de Shanghái se ahogó en sangre y la vanguardia del proletariado chino fue derrotada y aniquilada físicamente.

Ese momento fue decisivo. La separación definitiva entre la clase obrera y el PCCh se remonta a abril de 1927. Tras aquella masacre, ya no existe ningún partido comunista en China.

En esto debemos ser absolutamente claros: la política del Frente Único no fue un "error". Para el estalinismo, los intereses de la diplomacia del Estado ruso tenían prioridad sobre la victoria y la supervivencia del proletariado chino. La masacre fue el precio de la alianza ruso-china.

De esa derrota surgió el maoísmo. Mao retomó los principios de Sun Yat-sen y transformó el PCCh en el "verdadero Kuomintang", un partido nacionalista burgués, pero apoyado por los campesinos pobres en lugar de por la burguesía temerosa. Su único objetivo era burgués: la revolución democrático-nacional. Se descartó la perspectiva de la doble revolución –en la que el proletariado lidera la lucha democrática y la transforma inmediatamente en dictadura proletaria–. Y lo que la sustituyó fue un ejército campesino que marchaba bajo banderas rojas, pero hacia un destino burgués.

Y el estalinismo lo confirmó por segunda vez cuando Japón invadió el país. El PCCh se unió al Kuomintang, suspendiendo la reforma agraria, dejando de lado la lucha de clases y subordinándolo todo a la defensa nacional. En Europa lo llamaron Frente Popular, en China Resistencia Nacional, pero el contenido político era el mismo: la clase obrera había sido desarmada y su revolución aplazada indefinidamente en nombre de la nación. El PCCh no solo se había aliado con el enemigo de clase, sino que se había fusionado con él.

La victoria de 1949 debe entenderse en el marco de esta dinámica de clases. Cuando Mao proclamó la República Popular, ello tuvo un significado histórico. China se liberó de un siglo de saqueos imperialistas. Unificó la nación. Expulsó a las empresas extranjeras. Se trató de auténticos logros democrático-burgueses –y lo decimos claramente porque es precisamente al reconocer lo que fue 1949 como podemos ser precisos sobre lo que no fue–.

No fue socialista. No fue una dictadura del proletariado. Fue el triunfo del poder nacional burgués.

La República Popular debía ahora gobernar lo que había conquistado. El PCCh entró en las ciudades e impuso de inmediato el respeto a la propiedad privada. Permitió que los capitalistas gestionaran sus propias empresas y cobraran los dividendos. Distribuyó la tierra entre trescientos millones de campesinos y creó trescientos millones de pequeños propietarios cuyas parcelas no podían generar el excedente necesario para alimentar el desarrollo industrial.

El sistema cooperativo de principios de los años 50 no logró resolver este problema. Mientras tanto, Rusia retiró a sus técnicos, cortando así la principal fuente de conocimientos industriales de China. La industria

necesitaba los excedentes agrícolas para alimentar a los obreros, la agricultura necesitaba maquinaria industrial para modernizarse, y ninguna de las dos podía progresar sin la otra. Al mismo tiempo, en las ciudades costeras se estaba gestando una oleada de huelgas, en las que los trabajadores planteaban reivindicaciones salariales y amenazaban con organizarse al margen del control del partido. El Estado se enfrentaba a una crisis estructural desde arriba y a presiones de clase desde abajo.

El Gran Salto Adelante fue la consecuencia directa de esta crisis. El Estado colectivizó la agricultura, desmembró las pequeñas parcelas y concentró la mano de obra rural bajo el control central, todo ello con el fin de obtener el excedente de trigo necesario para el desarrollo industrial. Se trataba de un Estado sometido a una enorme presión económica que recurría a los instrumentos más drásticos a su alcance.

Lo que la colectivización logró fue la violenta transición de China de una economía campesina a una economía capitalista industrial. Este no era un fenómeno exclusivo de China: es la historia universal del desarrollo capitalista. Las cercas inglesas, la destrucción de la producción artesanal, la creación forzosa de un proletariado sin tierra: todos los países capitalistas han atravesado su propia versión de este proceso. Pero China lo hizo en una década, bajo la dirección del Estado y al son de la bandera roja.

La producción de acero pasó de 158.000 toneladas en 1949 a más de cien millones en 1996. La mayor y más rápida industrialización de la historia de la humanidad. El resultado históricamente significativo de ese proceso –desde nuestro punto de vista– no es la industrialización en sí misma, sino lo que esta ha creado: el proletariado industrial más numeroso del mundo. Porque es esa clase, y no el PCCh con su bandera roja, la que encarna el verdadero potencial de la revolución comunista.

Cuando triunfó la línea reformista de Deng Xiaoping, se abrieron de par en par las puertas al capital extranjero. Se disolvieron las comunas. Las ciudades costeras, que un siglo antes habían sido el corazón del movimiento obrero, se convirtieron en la cadena de montaje de la economía mundial. Surgieron los rascacielos, se multiplicaron las fábricas y la marea de exportaciones inundó el mundo. La burguesía china, bien protegida por su Estado, emergió como una de las clases dominantes más poderosas del planeta, a la altura de sus ambiciones globales.

Lo que tenemos ante nosotros hoy, por tanto, no es el heredero de ninguna tradición comunista. Es una potencia imperialista en ascenso, segura de sí misma, expansionista y ambiciosa, que no lucha contra el orden capitalista mundial, sino por un lugar dominante dentro de él.

Estamos en la actualidad.

Se nos dice que lo que hace China no es imperialismo, sino anti-imperialismo en acción. Al construir ferrocarriles en África, puertos en Pakistán e infraestructuras en todo el sudeste asiático, estaría ofreciendo al mundo en desarrollo una alternativa a la austeridad del FMI y a las trampas de la deuda del Banco Mundial. Esa es la tesis. Veamos de qué se trata en realidad.

Los bancos chinos conceden préstamos a los países pobres, a interés, con la condición de que realicen las obras con mano de obra y materiales chinos. Se construyen las infraestructuras. La deuda se acumula. Y cuando el país no es capaz de pagar –y muchos no pueden hacerlo–, China hace valer sus créditos.

Sri Lanka no podía hacer frente a la deuda contraída para la construcción del puerto de Hambantota, por lo que China obtuvo su uso durante noventa y nueve años: un punto de apoyo militar y comercial en el océano Índico adquirido no con armas, sino mediante los intereses compuestos. Lenin describió este mecanismo hace más de un siglo: el capital financiero no necesita cañoneras. Concede crédito y, cuando el deudor no puede pagar, se apropia de territorios, recursos y bienes estratégicos. Nada nuevo, se llama imperialismo.

El esquema se ha repetido con la red eléctrica de Zambia, dada en garantía para los préstamos chinos.

Los países africanos firman contratos de infraestructuras con cláusulas que eximen a las empresas chinas de las leyes laborales locales, lo que significa que se importan trabajadores chinos, excluyendo a los locales. La "Ruta de la Seda" no es caridad y nunca se concibió como tal. Los países deudores se vuelven dependientes del capital chino, al igual que las colonias del siglo XIX dependían del capital británico. Siglo diferente, bandera diferente, mismo imperialismo.

Para los trabajadores de Zambia y Sri Lanka no cambia nada el hecho de que los activos de su país estén pignorados en Pekín en lugar de en Wall Street.

En África, las inversiones chinas harán lo que las inversiones capitalistas siempre han hecho allá donde han llegado: expulsan a los campesinos de la tierra, los empujan hacia las fábricas y crean, con métodos brutales, una nueva clase obrera industrial. Ya lo estamos viendo en Etiopía, donde las fábricas de propiedad china están creando una mano de obra asalariada donde antes no existía.

No es algo baladí: es el mismo proceso de acumulación primitiva que vivimos en China y que se repite en suelo africano. Pero no se trata de solidaridad "internacionalista". Es el capital que se expande allí donde la mano de obra es más barata, extrayendo la máxima plusvalía de trabajadores desprovistos de organizaciones y de derechos políticos. El trabajador africano que surja de este proceso tendrá que enfrentarse al mismo enemigo al que se enfrenta el trabajador chino. La

bandera que ondea sobre la fábrica cambia, pero la explotación no.

Los únicos ganadores son el Estado chino y las burguesías compradoras de los países beneficiarios, que facilitan estos acuerdos a cambio de su parte del pastel. China le está haciendo al mundo en desarrollo exactamente lo mismo que Occidente le hizo a China durante el "siglo de la humillación". Y esa es la cruda verdad que se esconde tras la retórica anti-imperialista.

¿Sueño chino para quién?

Dentro del gran país, el Sueño Chino se presenta como una alternativa a las promesas sociales vacías del capitalismo occidental. Pero no lo es. Para la clase obrera china no es un sueño, sino una pesadilla.

El Sueño Americano (Estadounidense) engañaba a los trabajadores haciéndoles creer que la prosperidad estaba al alcance de cualquiera que estuviera dispuesto a trabajar duro, en el marco del típico individualismo. El Sueño chino cumple la misma función. Diferente país, diferente siglo, mismo mecanismo ideológico: el programa de la clase dominante para el dominio mundial presentado como la aspiración colectiva de todo un pueblo.

Xi lo presenta en tres fases. Mao resucitó a China, poniendo fin a un siglo de humillaciones, expulsando a las potencias extranjeras y unificando la nación. Deng enriqueció a China abriéndola al capital extranjero, fomentando las exportaciones y convirtiéndola en una potencia industrial. Ahora, Xi está fortaleciendo a China. Y Xi es muy claro sobre lo que significa "fuerte". Para 2049 –centenario de la República Popular– China deberá ser la principal potencia mundial en términos de aparato militar, capacidad tecnológica e influencia global. Taiwán deberá estar reunificada. El Mar de China Meridional deberá estar bajo control. La iniciativa de la "Ruta de la Seda" deberá asegurarse corredores de abastecimiento y puntos de apoyo estratégicos en todo el Sur del mundo.

Pero el combustible que alimenta cada uno de los aspectos de este programa es el excedente extraído de la clase obrera china. ¿Qué ofrece realmente el «Sueño chino» a esos trabajadores? El propio Li Keqiang –secretario del PCCh– ha confirmado que seiscientos millones de chinos viven con unos ingresos mensuales de unos ciento cuarenta dólares. Casi la mitad de la población del país que ha experimentado el desarrollo más arrollador de la historia de la humanidad. Un trabajador que se haya trasladado a la ciudad para comprar un pequeño piso, y no en una gran metrópoli, tendría que ahorrar todo su sueldo durante ochenta años. El cincuenta por ciento más pobre de la población china solo posee el catorce por ciento de la renta nacional. Este es el Sueño Chino en cifras.

¿Acaso el sistema de salud se considera una red de seguridad? Una sola hospitalización cuesta setecientos dólares, el equivalente a cinco meses de ingresos disponibles para un trabajador que gana cinco dólares al día. El resultado es la negación de atención médica, y los trabajadores la posponen hasta que es demasiado tarde. El sistema hukou –el sistema de pasaporte interno de China– excluye a los trescientos millones de trabajadores urbanos, quienes construyeron físicamente las ciudades modernas, del acceso a la educación y la atención médica. Construyen infraestructura, pero se les niega el acceso a ella.

¿Lo sabe Xi Jinping? Claro que lo sabe. Cuando Xi llegó al poder en 2012, las huelgas llevaban años en aumento. Los trabajadores de Walmart China habían organizado huelgas coordinadas. Los operarios de montaje de Honda habían bloqueado las líneas de producción para exigir elecciones sindicales. En Guangdong proliferaban algunas organizaciones independientes que, al margen de los sindicatos controlados por el Estado, ofrecían asesoramiento jurídico, apoyo a las huelgas y la posibilidad de establecer vínculos entre los trabajadores. Los colectivos de mujeres estaban relacionando las condiciones laborales en las fábricas, el acoso sexual y los derechos reproductivos en un desafío más amplio al orden social.

La respuesta del Estado fue inmediata y coordinada. Primero, las organizadoras feministas, las «Cinco feministas», detenidas en 2015 por haber planeado una campaña en el metro contra el acoso sexual. Luego, en 2015, los sindicatos, con redadas masivas contra las organizaciones de Guangdong y decenas de detenciones. Después, los abogados defensores de los derechos humanos: más de trescientos detenidos. Un ataque a la capacidad de la clase obrera para organizarse al margen del control del partido. El PCCh ha optado por la vía de la represión permanente, una guerra de clases desencadenada desde arriba, como alternativa a la corrupción política socialdemócrata al estilo occidental.

Es en la crisis de los jóvenes proletarios donde las contradicciones son más evidentes. A mediados de 2023, el desempleo juvenil urbano en China alcanzó el 21,3 %: cuando se alcanzó ese récord, la Oficina Nacional de Estadística simplemente dejó de publicar los datos. La competencia por los puestos de trabajo, la vivienda y la educación se ha vuelto brutal para millones de jóvenes. ¿Y cuál fue la respuesta del Estado? En 2025 procedió a censurar a blogueros acusados de "pesimismo". Porque cuando los trabajadores dejan de creer en el sueño, el sueño deja de funcionar como instrumento ilusorio de control.

La revuelta de Foxconn en Zhengzhou de 2022 fue la manifestación más evidente de lo que se está gestando bajo la superficie. Cuando la política de "COVID cero" dejó a los trabajadores atrapados dentro de los complejos industriales, estos no solo se rebelaron contra la política sanitaria, sino también contra los

salarios impagados, los contratos incumplidos y la certeza de que el Estado los sacrificaría en nombre de la "estabilidad". Los trabajadores se enfrentaron a los guardias de seguridad dentro del complejo industrial y derribaron las barreras con sus propias manos. Y el Estado –que se autodenomina comunista y afirma representar a la clase obrera– envió a la policía antidisturbios para aplastarlos.

Este es el choque entre el "sueño chino" y la realidad china. Y así sucedió de nuevo. Porque las condiciones que dieron origen a esa revuelta –salarios estancados, jornadas laborales extenuantes, ausencia de organizaciones independientes, falta de protección legal, control estatal total sobre las relaciones laborales– no mejoran. De hecho, empeoran a medida que el crecimiento se ralentiza y el Estado necesita extraer más plusvalía de los trabajadores para financiar sus ambiciones imperialistas.

No es un sueño para los trabajadores. Es un sueño para la clase dirigente china: para los capitalistas, la élite del partido y la nueva burguesía. El "Pensamiento de Xi Jinping" no es marxismo. Es la ideología de una burguesía imperialista en ascenso que disfraza sus intereses de clase con el lenguaje de la renovación nacional. Y los trabajadores que construyen ese imperio –en las fábricas, en las obras, en los dormitorios– no son sus beneficiarios, sino la materia prima.

El sueño comunista

Para millones de asalariados chinos, el peso del capital se vuelve insoportable. Nosotros decimos: su situación no solo requiere compasión. Requiere organización. Requiere revolución. Requiere la única fuerza en la historia de la humanidad que haya amenazado realmente con poner fin a lo que les mata.

El análisis del partido no es ni pesimista ni optimista: es objetivo, científico. La clase obrera china se levantará de nuevo. El PCCh no está reprimiendo a una población pasiva e indistinta. Está reprimiendo a una clase que está volviendo a movilizarse. Lo sabe bien: toda represión es una admisión de miedo. Cada bloguero censurado, cada organizador sindical detenido, cada despliegue de la policía antidisturbios ante las puertas de una fábrica es el reconocimiento por parte de la clase dominante de que, bajo la superficie del "Sueño chino", la clase obrera se está agitando.

La cuestión no es si los trabajadores chinos reaccionarán. La historia ya ha respondido a esa pregunta. La cuestión es si habrá un partido revolucionario capaz de dar a esa lucha la dirección que necesita cuando llegue el momento.

Y aquí es donde entramos nosotros en escena. No con la pretensión de tener todas las respuestas ni de que nuestro pequeño partido pueda, por sí solo, desencadenar la revolución mundial. Sino con algo más importante que la arrogancia: con claridad teórica, con continuidad histórica y con lo que nuestros compañeros han descrito como fe en la revolución –no como un católico cree en Cristo, sino como un matemático cree en su ecuación–. No esperamos la revolución como los religiosos esperan la salvación. Entendemos la revolución como un científico entiende una ley de la naturaleza. La caída de la tasa de ganancia no es una opinión. La inevitable crisis del capitalismo no es un deseo. La necesidad de la revolución proletaria no es una preferencia moral. Es la conclusión de un riguroso análisis materialista de clase sobre cómo funciona realmente el capitalismo –un análisis que se ha demostrado correcto una y otra vez, en todos los países, a lo largo de todas las generaciones–. El estudio del partido sobre las series estadísticas históricas lo ha demostrado para todos los países –Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón, la Unión Soviética y ahora China– con la fría expresividad de las cifras.

Nuestro partido ha atravesado momentos difíciles. Al igual que muchos de nuestros predecesores, en la clandestinidad, perseguidos, exiliados y encarcelados, hemos mantenido la claridad del programa comunista a lo largo de décadas de derrotas y aislamiento; hemos resistido en la larga noche de la contrarrevolución. Hemos mantenido viva la estructura del partido siguiendo la línea ininterrumpida del marxismo. Sin distorsiones. Sin falsificaciones. Sin esas "modernizaciones" y "revisiones" que han vaciado de contenido su gran potencial histórico.

Esa fidelidad al programa comunista no es terquedad, es lo que define y da valor a un partido revolucionario. Un partido que abandona sus principios cuando las condiciones se vuelven difíciles no es un partido revolucionario. No es nada. Por eso seguimos aquí. Pequeños, pero orgullosamente comunistas.

Aún hoy vemos que, en todos los continentes, la clase obrera es capaz de luchar. Nuestro pequeño partido se dirige, con su mensaje, a estos proletarios que luchan contra el capital.

El partido no se inventó por sí solo. Somos un partido antiguo, expresión de una presión histórica objetiva a escala mundial –un movimiento que comenzó mucho antes que nosotros y que continuará después de nosotros–, un movimiento basado no en el interés nacional, ni en la solidaridad racial, ni en las ambiciones de los grandes líderes, sino en algo mucho más poderoso y duradero: los intereses materiales de la clase obrera internacional, que se encuentra ahora en la condición histórica de poner fin, junto con su propia explotación, a la opresión de toda la humanidad.

Una guerra de clases que nos vincula, remontándonos en la historia, a la Comuna de París, a la Revolución de Octubre, a los obreros de Shanghái de hace cien años que murieron luchando por un futuro que les habían arrebatado. Y nos une, de cara al futuro –inevitablemente, no porque lo deseemos, sino porque las leyes de la historia así lo exigen–,

también al proletariado chino, prisionero en las fábricas y las barracas de la mayor maquinaria capitalista del mundo. Nos uniremos a ese proletariado no por caridad ni por sentimentalismo, sino a través del único vínculo que jamás haya tenido significado en la historia de la lucha de clases: intereses compartidos, doctrina compartida y una guerra de clases librada contra un enemigo común y por un futuro común y luminoso.

Los comunistas no ceden ni a la desesperación ni a las falsas esperanzas. El Partido Comunista de China no es socialista. Lo fue con entusiasmo en sus inicios y durante sus primeros años. Hasta que se vio arrastrado a la degeneración de la Tercera Internacional, y desde entonces ya no es comunista. El "sueño chino" es hoy el sueño de una burguesía imperialista en ascenso, financiada mediante la explotación de novecientos millones de trabajadores que no pueden permitirse recibir asistencia sanitaria en los hospitales que ellos mismos han construido.

La "multipolaridad" que celebra la izquierda no evitará una tercera guerra mundial que exigirá a esos mismos trabajadores que mueran por los intereses nacionales de la clase que los explota. Rechazamos todo esto. Nos negamos a elegir entre Washington o Pekín, Tel Aviv o Teherán, Moscú o Kiev. Nos alineamos con la clase obrera internacional, contra todas las fuerzas burguesas, por la dictadura del proletariado a escala mundial. Este es nuestro programa.

La historia ha demostrado que es acertado. Volverá a demostrarlo.

POR EL SINDICATO DE CLASE

LA LUCHA POR LA REORGANIZACIÓN DE CLASES EN TURQUÍA

En 2025, la inflación en Turquía se situó en el 31% en comparación con 2024, una cifra inferior al 44% del año anterior, pero aún muy elevada. La disminución del poder adquisitivo de los salarios dificulta cada vez más las condiciones de vida de trabajadores y jubilados. El salario mínimo neto para 2026 se fijó en 28.075 liras turcas mensuales, pero el umbral de pobreza se sitúa en 30.143 liras, los gastos básicos de subsistencia para una persona en 39.123 liras y para una familia de cuatro en 98.188 liras.

En los últimos meses, ha aumentado la influencia entre la clase trabajadora de pequeños sindicatos combativos que operan al margen de las principales confederaciones, incluidos tanto los que apoyan abiertamente al régimen, como Türk-İş, el más grande del país, y Hak-İş, el segundo más grande, con una orientación islamista más claramente conservadora, como los que son más combativos pero están liderados por el principal partido de oposición burgués, el Partido Republicano del Pueblo (Cumhuriyet Halk Partisi – CHP), fundado por el padre de la Turquía moderna, Mustafa Kemal Atatürk, como DİSK en el sector privado y KESK en el sector público.

El número de trabajadores que participaron en las huelgas lideradas por estos sindicatos combativos alcanzó aproximadamente los 10.000.

8 meses de lucha en Şık Makas en Tokat

Şık Makas es una de las empresas textiles más grandes y antiguas de Turquía. En su momento, llegó a emplear a casi 5.000 trabajadores, pero en los últimos años ha trasladado una parte importante de su producción a Egipto, donde los salarios son más bajos. Solo en 2025 160 fábricas textiles fueron reubicadas en Egipto. Şık Makas opera en la zona franca de Port Said, donde el Canal de Suez desemboca en el Mediterráneo, uno de los epicentros de las luchas obreras que, en febrero de 2011, obligaron al régimen burgués egipcio a derrocar a Mubarak.

Los más de 2.000 trabajadores textiles de la fábrica Şık Makas en Tokat, en el centro-norte de Turquía, pertenecían al sindicato Öz İplik-İş, que integra la confederación sindical progubernamental Hak-İş. Durante todo 2025, sus salarios se pagaron con meses de retraso. Cuando finalmente, en octubre, decidieron decir “basta ya” y se declararon en huelga, recibieron amenazas e insultos tanto de la dirección de la empresa como de los dirigentes de Öz İplik-İş. Como consecuencia, renunciaron en masa de dicho sindicato progubernamental y unos 400 de ellos se unieron al sindicato combativo BİrtekSen. Este sindicato se fundó en 2022 en Gaziantep (en el sur de Turquía, en la frontera con Siria, a tan solo 100 km al norte de Alepo) tras las huelgas de 2020 que afectaron a 35 fábricas de la zona.

Öz İplik-İş entregó a la empresa los nombres de los trabajadores que se habían afiliado a BİrtekSen, y la empresa procedió a despedir a más de mil trabajadores, con la intención de trasladar las líneas de producción a Egipto, incluidos todos los afiliados al sindicato militante.

BİrtekSen organizó decenas de manifestaciones frente a la fábrica y en toda la ciudad de Tokat, que cuenta con una población de 600.000 habitantes. El líder sindical Mehmet Türkmen fue arrestado dos veces, sumando un total de 93 días, al igual que Buse Kara, la obrera que dirigía el sindicato en la fábrica, quien fue puesta bajo arresto domiciliario durante 16 días. En junio, tras 260 días de lucha, los trabajadores lograron el pago de sus indemnizaciones por despido y la modificación de los punitivos códigos oficiales de despido, lo que les permitió recibir pagos retroactivos de las prestaciones estatales por desempleo, mientras que ya se habían pagado tres meses de salarios atrasados tras las primeras semanas de la lucha.

Gracias a esta lucha, BİrtekSen ha aumentado su número de miembros, expandiéndose más allá del sureste de Anatolia.

También hizo un llamamiento a la solidaridad de clase internacional, en parte porque Şık Makas fabrica para marcas de moda internacionales de renombre (Zara, Denim...). Nuestros compañeros en Estados Unidos, activos en la Red de Acción de Lucha de Clases –un grupo de coordinación intersindical– organizaron iniciativas de solidaridad. En Italia, el sindicato de base Sudd Cobas –que organiza principalmente a trabajadores pakistaníes en el distrito textil y de confección de Prato– celebró una manifestación de solidaridad en Florencia el 6 de abril, ofreciendo una vez más una muestra de internacionalismo proletario.

Esto ya había ocurrido con la manifestación del 30 de noviembre en memoria de la masacre de Teresa Moda en 2013, cuando siete trabajadores chinos murieron en un incendio en una fábrica. La manifestación tuvo lugar por la noche en el monumento erigido y defendido por los trabajadores de Sudd Cobas, que lleva los nombres de los siete trabajadores y la inscripción: “ASESINADOS POR LAS LLAMAS DE LA BARBARIE CAPITALISTA”.

Huelga de 23 días en los almacenes de Migros Logistics

El 23 de enero, 5.000 trabajadores de los almacenes logísticos de Migros, una de las principales cadenas de supermercados de Turquía, se

declararon en huelga. La huelga fue organizada por el combativo sindicato DGD-Sen (Sindicato de Trabajadores de Almacenes, Puertos, Astilleros y Marítimos), que también mantiene vínculos con Sudd Cobas en Italia. La huelga duró 23 días y finalizó el 14 de febrero, logrando resultados significativos.

Todo comenzó cuando el gobierno anunció un aumento del 27% en el salario mínimo y Migros, siguiendo su ejemplo, anunció un aumento del 28%. Al considerar esto insuficiente, los trabajadores convocaron una huelga, exigiendo un aumento salarial del 50%. La huelga, que comenzó en las provincias de Estambul, Izmir y Adana, se extendió a los almacenes de Kocaeli, Bursa, Mersin, Diyarbakır, Erzurum y Antalya. En el punto álgido de la lucha, los trabajadores de 14 almacenes en 10 provincias estaban en huelga.

El 26 de enero, Migros anunció que contrataría a 7.875 trabajadores con contratos indefinidos, afirmando que esto pondría fin a la huelga. El sindicato Tez-Koop İş, que forma parte de la confederación Türk-İş, se puso del lado de la empresa e intentó activamente sabotear la huelga, que, sin embargo, continuó.

La empresa despidió entonces a 141 trabajadores. La lucha se extendió más allá de los centros de trabajo, llegando a las calles. Las tiendas Migros se convirtieron en campos de batalla, con acciones que bloqueaban las cajas registradoras. En febrero, los trabajadores de almacén de cadenas de supermercados como A101, ŞOK y BİM también se declararon en huelga con demandas salariales similares.

Finalmente, se abolió el sistema de contratistas externos y subcontratación en los almacenes. Todos los trabajadores de almacén fueron contratados directamente por Migros con contratos indefinidos; el aumento salarial del 28% propuesto a los trabajadores en diciembre de 2025 fue aceptado como salario base, lo que elevó el aumento efectivo al 50%.

Los mineros de Polyak Eynez

De particular importancia fue la huelga de 1.200 mineros en Polyak Eynez, en el distrito de Kinik (Izmir), que se habían organizado en su propio sindicato, Bağımsız Maden İş (Sindicato Independiente de Trabajadores Mineros), fundado en 2018 para romper el monopolio de los sindicatos pro-empresariales, acusados de connivencia con las compañías mineras, especialmente después del desastre de Soma en 2014, en el que murieron 301 mineros.

La empresa holding turca Fiba, que previamente había despedido a 1.700 mineros (de un total de poco más de 3.000), vendió el 70% de sus acciones en diciembre de 2025 a la empresa china Qitahe Long Coal Mining, que, siguiendo los pasos de los anteriores propietarios, continuó con la política de explotar y chantajear a la plantilla restante, sin pagar los salarios e imponiendo condiciones de trabajo que ponían en peligro la salud y la seguridad.

Los mineros se enfrentaron violentamente con la policía, que los atacó durante las manifestaciones con cañones de agua y gas pimienta, arrestando a cuatro de ellos, incluido un líder sindical. Los mineros ocuparon la mina y recibieron el apoyo de los residentes locales, quienes se unieron a las protestas. Finalmente, la empresa pagó todos los salarios atrasados y se comprometió a recontratar a 620 trabajadores. Esta lucha impulsó a 2.000 trabajadores de otras minas a detener la producción en señal de solidaridad y para impulsar sus propias demandas. Entre ellos se encontraban los mineros de Soma, a tan solo 20 km de Polyak Eynez.

Estas recientes luchas obreras y la trayectoria general del movimiento obrero en Turquía confirman el análisis y la orientación del partido a la clase trabajadora, válidos en todos los países. En la era del imperialismo, los sindicatos están subyugados por el régimen burgués, generalmente a través de sus dirigencias de izquierda burguesa. Pero los trabajadores necesitan la organización sindical para defenderse. Para recuperar sindicatos de clase auténticos, solo tienen dos caminos: o luchar con uñas y dientes para recuperar los sindicatos convertidos en instrumentos del régimen, o reconstruir sindicatos combativos al margen y en contra de los sindicatos colaboracionistas.

En Italia, por ejemplo, basándose en la experiencia práctica del partido en la lucha dentro de la CGIL –reconstituida desde arriba en 1944 como sindicato del régimen–, observamos desde finales de la década de 1970 que la clase trabajadora, al comprender la imposibilidad de utilizar la CGIL para defenderse, dio origen espontáneamente a sindicatos de base –aunque estos siguieran siendo minoritarios–, lo que indicaba que el camino para recuperar la CGIL estaba cerrado y que era necesario reconstruir sindicatos de clase fuera de ella y en oposición a ella. Esta era una alternativa que el partido ya había previsto como una posibilidad.

En Turquía, observamos un proceso similar: la confederación DİSK –fundada en 1967 y reconstituida en 1992– y KESK –fundada en 1995– muestran mayor militancia que aquellas abiertamente alineadas con el régimen, como Türk-İş e, incluso peor, Hak-İş. Sin embargo, a diferencia de Italia, están lideradas por un partido abiertamente burgués de centroizquierda. Esto significa que algunos sectores militantes de la clase trabajadora en Turquía también se están organizando fuera de estas confederaciones.

Por lo tanto, el partido establece este rumbo para el movimiento obrero turco:

- unirse a las confederaciones sindicales DİSK y KESK, luchando contra los liderazgos oportunistas o abiertamente proempresariales;
- donde surgen sindicatos combativos –en lugares de trabajo o sectores como la industria textil o las minas en Izmir y Soma– para unirse

a estos sindicatos y ayudarlos a elegir el curso de acción correcto;
- luchar por la unidad de acción y la colaboración entre todas las fuerzas del sindicalismo de base de clase, incluidos estos pequeños sindicatos militantes (Bİrtek-Sen, DGD-Sen, Bağımsız Maden İş) y los sectores conflictivos dentro de DİSK y KESK;
- luchar por la unidad en las huelgas con todos los demás sindicatos y por la unificación de las huelgas en todas las empresas, sectores y regiones;

Basándose en el desarrollo de estas acciones defensivas, llevadas a cabo de acuerdo con los métodos de clase correctos, el movimiento obrero está destinado a fortalecerse hasta el punto en que, con la intervención fundamental del partido comunista internacional dentro de las organizaciones sindicales, pasará al terreno de la ofensiva política revolucionaria.

***

MANIFESTACIÓN NACIONAL DE LA CGIL EN ROMA, SÁBADO 17 DE OCTUBRE.

CONTRA EL REARME, LA GUERRA Y LA EXPLOTACIÓN!

Por una huelga general unificada de los sindicatos de base y la CGIL, por fuertes aumentos salariales!

Los "fragmentos" de la guerra mundial hacia la que marcha el capitalismo siguen creciendo –desde Europa del Este hasta Oriente Medio y el Cuerno de África– y se intensifican, tendiendo a fusionarse en un conflicto general.

Todos los Estados, independientemente de la máscara ideológica que usen para ocultar su naturaleza de clase (democracia liberal, socialismo, teocracia), se apresuran a rearmarse y se preparan para el choque por el reparto de los mercados y las ganancias mundiales.

Más allá de este objetivo, perseguido individualmente por los capitalismos nacionales, la guerra responde a una necesidad más profunda que los une a todos: salvarlos de la inminente crisis de sobreproducción, catastrófica para la economía capitalista.

Al destruir masivamente los bienes excedentes –fábricas, ciudades, infraestructuras y, ante todo, la *mercancía de la fuerza de trabajo: el proletariado– la* guerra imperialista permite la reanudación del ciclo de acumulación de capital y obstaculiza *la revolución*, una necesidad humana que el empeoramiento de las condiciones de vida y el derrumbe del sistema capitalista, que ahora se está volviendo obsoleto, tienden a volver a poner sobre la mesa.

La Segunda Guerra Mundial, presentada bajo el pretexto ideológico de la lucha entre el fascismo y el antifascismo, sirvió para preservar el capitalismo, así como la división de los mercados mundiales entre Estados Unidos y la falsamente socialista Unión Soviética, a expensas del imperialismo alemán y japonés.

Con el rearme, los grandes imperialismos –grandes productores de armas, incluido el italiano– frenan temporalmente los efectos de la sobreproducción al reconvertir las fábricas para la producción bélica, mientras que, al mismo tiempo, con el *nacionalismo económico* presentado por el oportunismo político-sindical bajo un falso disfraz obrero –como *el lema de la defensa de la industria nacional*– preparan el terreno para *el nacionalismo político* y *el militarismo* , para empujar a los trabajadores a aceptar la guerra que se avecina.

La única fuerza social y política capaz de prevenir o detener la guerra es la de la clase trabajadora, como lo demuestra históricamente la Revolución de Octubre que, al estallar en Rusia en 1917, en el punto álgido del conflicto, impuso la paz en el Frente Oriental y, un año después, al contagiar al proletariado alemán, provocó el colapso del frente interno alemán, lo que condujo al fin de la Primera Guerra Mundial.

En la guerra imperialista, el resultado más favorable y menos trágico para la clase obrera es la derrota más repentina de su propio país: porque significa dejar de morir y matar en el frente y porque implica el debilitamiento de su propio régimen burgués frente a la lucha de clases proletaria y la revolución.

En el frente ucraniano, cientos de miles de proletarios se han estado masacrando entre sí durante más de cuatro años mientras su burguesía se enriquece con suministros bélicos. Los proletarios en el fango de las trincheras y la burguesía en los palacios con gabinetes dorados. Esto es patriotismo burgués. Los proletarios ucranianos no tienen nada que ganar defendiendo su patria, del mismo modo que los proletarios rusos no tienen nada que ganar ganando la guerra. Los verdaderos vencedores serán otros: los traficantes de armas y los gobiernos a sueldo. Así es en todas las guerras de la fase histórica final del capitalismo, que Lenin denominó *imperialismo*.

Al igual que en Rusia en 1917, los comunistas de hoy les dicen a los trabajadores de Ucrania y Rusia, y de cualquier otro conflicto, que utilicen las armas que la clase dominante les ha dado contra sus propios amos y su régimen político, contra los oficiales y los especuladores de guerra, y no contra sus hermanos de clase que están al otro lado del frente.

Lograr el objetivo vital de prevenir o detener la guerra imperialista *mañana –con una huelga general revolucionaria, en los centros de trabajo y entre los soldados en los cuarteles y en el frente*– significa organizar *hoy* **huelgas cada vez más generalizadas y unificadas por aumentos salariales, contra el rearme y el militarismo** , rechazando cualquier llamamiento a *defender la economía nacional* , porque no es del éxito de "el propio país" en la competencia global de

donde la clase obrera encontrará la salvación de la catástrofe de la economía capitalista mundial y la guerra resultante, sino de su unidad internacional en la lucha por derrocar el régimen reaccionario y bárbaro del Capital.

Para ello, las apelaciones a la Constitución republicana, invocadas con frecuencia por el oportunismo político y sindical, son inútiles. La Constitución nunca ha impedido los bajos salarios ni, por ejemplo, la brutal explotación de los trabajadores agrícolas. Solo la lucha obrera ha defendido los salarios. Las leyes antisindicales, promovidas por la CGIL, la CISL y la UIL contra el sindicalismo de base y aprobadas por el PCI en 1990 (Ley 146), por el DS en 2000 (Ley 83) y por el PD en 2015 (Ley 146), fueron posibles gracias al engañoso artículo 40 de la Constitución. No se puede luchar contra el régimen del capital sometiéndose a la Constitución que lo legitima y defiende.

Este otoño en Italia se esperan tres movilizaciones generales de trabajadores: la USB el 30 de octubre, las demás organizaciones sindicales de base el 4 de diciembre y, posiblemente, la CGIL en una fecha aún por determinar. **Las dirigencias sindicales oportunistas están dividiendo a la clase trabajadora y a su movimiento**. Dentro de cada sindicato, debemos luchar por la unidad de acción, ante todo entre las organizaciones de base y entre estas y la CGIL, como ocurrió el año pasado el 3 de octubre. El rearme, la guerra imperialista, la creciente explotación y la pobreza nos obligan a luchar contra el oportunismo y a derrotarlo, empezando desde dentro de los sindicatos.

¡Por la unidad de acción del sindicalismo combativo!
¡Por el renacimiento de la unión de clases!
¡El enemigo de los trabajadores está en su propio país!
¡Trabajadores de todos los países, uníos!

***

BANGLADÉS: EL PROLETARIADO TEXTIL DESAFÍA LA SUPER-EXPLOTACIÓN Y LA CONCILIACIÓN SINDICAL

Desde finales de octubre y a lo largo de este mes de noviembre de 2026, decenas de miles de obreros y obreras de la industria de la confección en Bangladés protagonizan una combativa oleada de huelgas y bloqueos de carreteras en los principales polos industriales del país, como Daca, Gazipur, Ashulia, Savar y Mirpur. Paralizando más de 500 plantas textiles, el proletariado exige un aumento inmediato del salario mínimo mensual de los actuales 12.500 takas (alrededor de 100 dólares) a 30.000 takas (unos 240 dólares), frente a una inflación desbocada que vuelve imposible cubrir la alimentación, el alquiler y la salud.

Bangladés opera como el segundo mayor exportador mundial de prendas de vestir, generando cerca de 38.000 millones de dólares anuales para las grandes marcas transnacionales de la moda y la burguesía industrial local. Sin embargo, este milagro exportador descansa sobre la plusvalía absoluta y relativa arrancada a más de cuatro millones de asalariados sometidos a jornadas extenuantes y remuneraciones de hambre.

Ante la irrupción obrera, el Estado burgués de Bangladés ha desplegado su doble mecanismo habitual de dominación: la represión abierta y la trampa de la conciliación institucional. Mientras la policía industrial y los cuerpos paramilitares de la Guardia Fronteriza (BGB) atacan los piquetes con gases lacrimógenos, granadas aturdidoras y fuego real –dejando obreros asesinados y cientos de heridos–, el gobierno instaló una Junta Salarial (*Minimum Wage Board*) para dilatar el conflicto hasta finales de diciembre y enfriar la movilización en las calles.

Por su parte, los propietarios de las fábricas recurren al cierre patronal (*lockout*) amparados en la legislación laboral burguesa (Sección 13-1), suspendiendo operaciones y aplicando el principio de "sin trabajo no hay paga" para rendir por hambre a los huelguistas. Entretanto, las grandes marcas imperialistas de Occidente emiten hipócritas comunicados pidiendo "diálogo social" y "ajustes razonables", buscando garantizar la continuidad del suministro comercial sin afectar sus márgenes de ganancia.

La experiencia de las últimas semanas demuestra el papel contrarrevolucionario del sindicalismo oficial y conciliador, mejor dicho, sindicalismo del régimen. Mientras las bases obreras han rebasado los controles patronales y se enfrentan directamente a las fuerzas represivas tras el aplazamiento de las reuniones salariales el pasado 16 y 17 de noviembre, diversas federaciones sindicales llaman a reanudar la producción para "no perder salarios" y confían en las negociaciones tripartitas con el Estado y la patronal.

El proletariado textil de Bangladés no puede depositar ninguna ilusión en las juntas salariales del Estado ni en la supuesta "responsabilidad social" de los monopolios imperialistas de la moda. Todo aumento concedido bajo el marco del capital será rápidamente devorado por la inflación, la intensificación de los ritmos de trabajo y los despidos masivos.

La perspectiva de esta lucha exige romper con control de los sindicatos del régimen y extender la solidaridad de clase a todos los sectores explotados del país y de la región asiática. Solo mediante la organización autónoma de los trabajadores en verdaderos organismos de combate, los sindicatos de clase, la unificación de las huelgas parciales en una Huelga General que golpee el corazón de la acumulación capitalista, y la dirección política independiente del partido comunista revolucionario, la clase obrera podrá transformar su

resistencia defensiva por el pan en una lucha histórica por la abolición del trabajo asalariado.

***

COMO IDENTIFICAR A LOS TRAIDORES EN EL MOVIMIENTO SINDICAL

Es importante que los trabajadores aprendan a identificar a los traidores, los demagogos, los oportunistas, que se presentan como "dirigentes obreros", pero que solo son agentes del patrón y deben ser rechazados en todas las luchas y movimientos reivindicativos.

Cuando el activista o dirigente llama a los trabajadores a votar para elegir un nuevo presidente del gobierno, nuevo gobernador o alcalde o nuevos diputados; incluso si habla de "gobierno obrero" o de "diputado obrero". No importa si está con el gobierno o con la oposición o se define como de una "tercera vía", quienes llaman a los trabajadores a votar para elegir nuevos verdugos, deben ser identificados inmediatamente como traidores. Estos oportunistas promueven la ilusión de que con un cambio de gobierno burgués la situación de los trabajadores mejorará. Y con este discurso no llaman a la huelga y solo hacen agitaciones puntuales, pero manteniendo a los trabajadores de brazos cruzados a la expectativa de un cambio de gobierno burgués. Pero ningún nuevo gobierno atenderá las necesidades salariales de los trabajadores.

Los que le dicen a los trabajadores que no deben protestar, que ellos mantienen un diálogo con el patrón y hay que tener paciencia porque "pronto se lograrán cosas buenas", los que dicen que los trabajadores no deben dar "una patada a la mesa", protestando, haciendo que los representantes del patrón se enojen. Estos sinvergüenzas por lo general reciben prebendas personales del patrón, que les entrega migajas, para que mantengan a los trabajadores desmovilizados y a la espera de una mejora salarial que nunca llega. En una lucha los trabajadores pueden reunirse con el patrón para presentar sus exigencias, pero esto no los obliga a frenar la huelga y la movilización, sino todo lo contrario. Estos sindicalistas conciliadores también promueven las famosas reuniones o comisiones tripartitas en las que se integran los representantes del gobierno, de los empresarios y de las centrales sindicales, que son espacios donde esa dirigencia oportunista (pro-gobierno y opositora) asume la política burguesa y explotadora, negadora de aumentos salariales significativos. Y son tan cínicos que pretenden poner a los trabajadores a la expectativa de los anuncios de esas comisiones tripartitas.

Los dirigentes oportunistas que llaman a los trabajadores a defender la patria, a conformar "milicias" y a formar filas con el ejército en las guerras del capital. La clase obrera no tiene patria y los trabajadores deben rechazar que se les envíe a los frentes de batalla a matarse con otros hermanos de clase de otros países, para defender las ganancias y los negocios de los capitalistas.

Los dirigentes oportunistas que llaman a mantener operativa a la empresa para "cuidar" sus puestos de trabajo, "porque en el futuro la empresa mejorará los salarios cuando mejore su producción". Con este argumento llaman a los trabajadores a no hacer huelgas ni reclamos salariales "injustificados". Para estos dirigentes oportunistas lo más importante es la rentabilidad de la empresa y los trabajadores deben sacrificarse para que la empresa prospere. Estos dirigentes son los mismos que, cuando no pueden evitar que los trabajadores vayan a la huelga, se oponen a que esta acción se cumpla sin servicios mínimos y se prolongue de manera indefinida. Una huelga combativa, una verdadera huelga, debe plantearse como una acción indefinida y sin servicios mínimos.

Los dirigentes que evitan unir las luchas de los trabajadores de su empresa, institución o sector, con otras luchas e impiden la unidad de acción con el resto del movimiento de los trabajadores. Este tipo de dirigentes prefieren mantener las luchas aisladas y al movimiento dividido. Es muy difícil conquistar reivindicaciones si los trabajadores de diferentes sectores, oficios y localidades no se unen en un solo movimientos y se orientan hacia una Huelga General Unitaria.

Todos los días y en todas las luchas los trabajadores de base pueden ver e identificar a toda esta camarilla de dirigentes oportunistas y traidores, que controlan las directivas de los sindicatos.

En la medida en que se multipliquen las luchas y crezca el movimiento huelgario, los trabajadores pasarán por encima de estas camarillas oportunistas y traidoras y resurgirán verdaderos sindicatos de clase, que le harán frente a los patronos capitalistas, públicos o privados, con la fuerza de la Huelga General, para conquistar aumentos significativos de salarios y jubilaciones y diferentes reivindicaciones.

VIDA DE PARTIDO

REUNION INTERNACIONAL DEL PARTIDO

Del 26 y 27 de septiembre de 2026

"Mientras la burguesía libra una guerra contra la humanidad, el partido salvaguarda los instrumentos de la pasión y la ciencia comunistas que iluminarán la deserción y la victoriosa rebelión internacional de la clase obrera."

El partido celebró su Reunión General N° 156 los días 26 y 27 de septiembre, dos días de presentaciones en varios idiomas, que comenzaron con informes sobre las actividades de sus secciones en diversos países. Posteriormente, las presentaciones detallaron estudios históricos y económicos, los esfuerzos de nuestros miembros en las luchas defensivas de los trabajadores y el esfuerzo continuo por reconectar a sectores más amplios de la clase obrera internacional con su doctrina histórica de clase y su órgano revolucionario, el Partido.

La reunión se desarrolló de acuerdo con nuestro método centralista orgánico, que permite a los miembros trabajar en un ambiente fraterno, libre de los tonos polémicos, las intrigas mezquinas y las presiones organizativas que caracterizan la conducta burguesa. La reunión representó un paso más en el prolongado esfuerzo del Partido por desarrollar una organización comunista internacional unificada, fundamentada en una doctrina revolucionaria inmutable y regida por un marco táctico bien definido y aplicado con rigor.

Comprometidos con la causa común, el trabajo generoso e impersonal de nuestros camaradas, que sacrifican su tiempo y energía, ha sostenido al Partido durante casi un siglo, asegurando la defensa continua del cuerpo revolucionario. El compromiso orgánico de nuestro pequeño grupo en todo el mundo, motivado únicamente por una pasión compartida por el comunismo, nos permite librar nuestra guerra de posiciones contra las omnipresentes fuerzas del oportunismo social, con resultados que superan nuestra actual escasa cantidad.

El partido de hoy, fiel a las lecciones de su historia, ya anticipa el sólido y eficaz partido formal del mañana, capaz de afrontar la catastrófica crisis social del capital y el despertar de las masas proletarias de su prolongado letargo. Cuando esto ocurra, el Partido deberá estar preparado para ofrecerles las palabras y directrices adecuadas, para que reconozcan en él el único reflejo de su propia realidad de clase y en el comunismo el único futuro de su lucha histórica, al frente de los incontables luchadores anónimos por la elevación de la especie humana de su prehistoria actual a la realización del proyecto de vida de la especie: el comunismo.

Tal y como confirmaron los informes presentados en la reunión, mientras el imperialismo mundial se rearma y se intensifica la crisis de la sobreproducción capitalista, la clase obrera solo puede estallar en revueltas violentas pero inconexas que simplemente anticipan el tumulto revolucionario del mañana, que acabará por destrozar la delgada capa de paz social que reina en el seno de las decadentes potencias imperialistas.

En estas condiciones, reintroducir en la clase trabajadora el Partido Comunista, el único internacional y unido por una doctrina revolucionaria inmutable, es una tarea indispensable y urgente.

A la reunión asistió una amplia representación de todos nuestros grupos. Hoy, aunque rodeado por enemigos y falsos amigos, el Partido atrae a sus filas a militantes serios y disciplinados de todo el mundo. Se les permite escuchar los informes presentados en las asambleas generales y así conocer el singular método de trabajo del Partido Comunista.

En detalle, en la primera parte examinamos los informes de los grupos de trabajo:

– Los equipos editoriales de los medios impresos informaron sobre qué y cómo hemos publicado desde la anterior reunión general de mayo, sobre los planes futuros, sobre la distribución y sobre los objetivos y métodos del trabajo editorial y las técnicas tipográficas.
– Los compañeros que se dedican a la propaganda y la difusión en redes sociales también han informado de los resultados en este ámbito y de las precauciones que hay que tomar para distinguirnos del bullicio que las infesta.
– Cada una de las secciones territoriales del partido nos explicó por separado sus actividades locales en diversas áreas: investigación, propaganda, presencia e intervención en los sindicatos, así como cualquier dificultad ambiental específica.
- El tesorero central informó sobre las cuentas.
- Los compañeros que reciben correo del exterior y supervisan el acceso al sitio web realizaron una evaluación general.
- Los compañeros encargados de los estudios sobre la doctrina y la historia del movimiento han proporcionado un esquema de su procedimiento de manera que se permita y se solicite la colaboración de otros que estén disponibles.

La segunda parte de la reunión continuó con los informes de estos grupos de estudio. A continuación, en orden de presentación:

- La cuestión agraria, en Rusia y en Marx.
- Raza, clase y la cuestión agraria en los Estados Unidos, Parte 6.
- La "revolución islámica" en Irán.
- Imperialismo y antiimperialismo: una revisión de la actualidad.
- Los últimos años del Profintern y su disolución.
- El turbulento progreso del capitalismo mundial.
- El rearme de los Estados marca la marcha del capitalismo global hacia la guerra.
- La guerra soviético-polaca de 1920.
- La inmigración de trabajadores a Alemania en el período de posguerra.

En estas páginas aparecen resúmenes. Para los reportajes *Raza, clase y la cuestión agraria en Estados Unidos* y *La guerra soviético-polaca de 1920*, remitimos al lector a su publicación completa (en inglés) en el número actual de "Communism".

LA CUESTIÓN AGRARIA EN RUSIA Y EN MARX

En la reunión presentamos dos capítulos de la segunda parte, Capitalismo y Agricultura, de "La cuestión agraria en la tradición marxista": "El programa agrario de Stolypin y el de los narodniks" y "Capital y propiedad de la tierra".

En 1912, Lenin escribió sobre la cuestión agraria en Rusia. Leemos:

«Entre el capitalismo, que domina en todo el mundo y también aquí en Rusia, y la propiedad territorial medieval (tanto la de los grandes terratenientes como la de los campesinos basada en el nadiel) existe una contradicción irreconciliable. Cuanto más enérgica, implacable y audaz sea su demolición, mejor será para el desarrollo de toda Rusia, mejor será para los obreros y campesinos, que, además del capitalismo, se ven aplastados por una masa de vestigios medievales […].

«Stolypin actuó como el verdadero representante de los reaccionarios [...]. Pero después de 1905 quedó claro que la defensa de la policía, la defensa de la burocracia contra los campesinos, ya no era suficiente. ¿Dónde más podía buscar aliados el Consejo de la Nobleza Unida? Solo entre la insignificante minoría de campesinos acomodados, los kulaks, los "parásitos"».

Lenin enfatiza la utopía del programa de los populistas de izquierda, que sueña con el igualitarismo de la división de tierras,

«Pero en ellas hay un elemento destructivo para la Edad Media, y este elemento no es en absoluto una utopía, sino la realidad más viva, la realidad más coherente y progresiva desde el punto de vista del capitalismo y del proletariado.

«La verdadera afinidad entre el programa agrario de Stolypin y el de los narodniks radica en que ambos abogan por la demolición radical de la antigua propiedad territorial medieval. Y esto es muy positivo. Los cadetes de Riech y los Russkie Vedomosti son los más reaccionarios de todos, pues reprochan a Stolypin La cuestión agraria en Rusia y en Marx

En la reunión presentamos dos capítulos de la segunda parte, Capitalismo y Agricultura, de "La cuestión agraria en la tradición marxista": "El programa agrario de Stolypin y el de los narodniks" y "Capital y propiedad de la tierra".

En 1912, Lenin escribió sobre la cuestión agraria en Rusia. Leemos:

«Entre el capitalismo, que domina en todo el mundo y también aquí en Rusia, y la propiedad territorial medieval (tanto la de los grandes terratenientes como la de los campesinos basada en el nadiel) existe una contradicción irreconciliable. Cuanto más enérgica, implacable y audaz sea su demolición, mejor será para el desarrollo de toda Rusia, mejor será para los obreros y campesinos, que, además del capitalismo, se ven aplastados por una masa de vestigios medievales […].

«Stolypin actuó como el verdadero representante de los reaccionarios [...]. Pero después de 1905 quedó claro que la defensa de la policía, la defensa de la burocracia contra los campesinos, ya no era suficiente. ¿Dónde más podía buscar aliados el Consejo de la Nobleza Unida? Solo entre la insignificante minoría de campesinos acomodados, los kulaks, los "parásitos"».

Lenin enfatiza la utopía del programa de los populistas de izquierda, que sueña con el igualitarismo de la división de tierras,

«Pero en ellas hay un elemento destructivo para la Edad Media, y este elemento no es en absoluto una utopía, sino la realidad más viva, la realidad más coherente y progresiva desde el punto de vista del capitalismo y del proletariado.

«La verdadera afinidad entre el programa agrario de Stolypin y el de los narodniks radica en que ambos abogan por la demolición radical de la antigua propiedad territorial medieval. Y esto es muy positivo. Los cadetes de Riech y los Russkie Vedomosti son los más reaccionarios de todos, pues reprochan a Stolypin la demolición en lugar de demostrar la necesidad de una ruptura aún más coherente y radical […].

«El único resultado plenamente real de la demolición de Stolypin es la hambruna que azotó a 30 millones de campesinos. Se desconoce si esta demolición enseñará al pueblo ruso cómo dar un giro más radical. ¿Lo hará? Solo el tiempo lo dirá.»

A continuación, leímos pasajes cruciales del Libro III de El Capital de Marx:

«La agricultura, al igual que la industria manufacturera, está dominada por el modo de producción capitalista (...) el agricultor produce grano, etc., del mismo modo que el fabricante produce hilo o maquinaria (...). La forma de propiedad de la tierra que examinamos es una forma específicamente histórica, la forma

transformada de la acción del capital y del modo de producción capitalista, tanto de la propiedad feudal como de la agricultura practicada por pequeños campesinos para su propia subsistencia, donde la posesión de la tierra es una de las condiciones de producción para el productor directo, y su propiedad la condición más rentable. Para la agricultura, el modo de producción capitalista presupone que los trabajadores agrícolas son expropiados de la tierra y sometidos a un capitalista, que cultiva con el objetivo de obtener ganancias».

A continuación, Marx describe la naturaleza del modo de producción capitalista y la propiedad de la tierra: «Este modo de producción presupone, por un lado, que el productor directo no está en la posición de un mero accesorio del suelo (siervo de la gleba, campesino en servidumbre, esclavo, etc.), por otro, que la masa de la población es expropiada de la tierra (...) El modo de producción capitalista da lugar a la forma correspondiente de propiedad de la tierra: la propiedad feudal, la propiedad de la tierra de clan, la pequeña propiedad campesina unida a la comunidad de la marca se transforman en la forma económica correspondiente a este modo de producción. Es uno de los grandes logros del modo de producción capitalista transformar, por un lado, la agricultura de un método puramente empírico, que se transmitía mecánicamente de padre a hijo en la sección menos desarrollada de la sociedad, en una aplicación científica consciente de la agronomía, en la medida en que esto sea posible dentro del marco de las relaciones dadas con la propiedad privada; la liberación radical de la propiedad de la tierra, por un lado, de las relaciones de servidumbre y esclavitud, y la clara separación, por el otro, Por otro lado, la tierra, como condición de trabajo, proviene de la propiedad de la tierra y del terrateniente (...). El terrateniente puede pasar toda su vida en Constantinopla, mientras que su propiedad está en Escocia (...). Los capitalistas industriales y sus aduladores teóricos denuncian la propiedad de la tierra como una proliferación inútil y absurda».

La suma que se paga al propietario se denomina renta del suelo, ya sea que provenga de tierras cultivadas o edificables, minas, pesquerías, bosques, etc., y se mantiene mientras el propietario otorgue el uso de la tierra al arrendatario. Esta relación delimita las tres clases que, como afirma Marx, «conforman la sociedad moderna, unidas y opuestas entre sí: el trabajador asalariado, el capitalista industrial y el terrateniente».

Además, más adelante escribimos: «La escasa propiedad de la tierra crea una clase de bárbaros prácticamente al margen de la sociedad, que combina la crudeza de las formas sociales primitivas con el sufrimiento y la miseria de los países civilizados». Si comparamos la barbarie antigua con la civilización moderna, la primera era simplemente primitiva, la segunda, infame.

Tras haber esbozado el origen, la formación y el desarrollo de la propiedad de la tierra, concluimos este capítulo retomando los "Esquemas fundamentales de la crítica de la economía política". Marx inicia el capítulo "El capital y la propiedad moderna de la tierra" de la siguiente manera: «Tanto por su naturaleza como históricamente, el capital es el creador de la propiedad moderna de la tierra, de la renta de la tierra (...). Las relaciones económicas de la propiedad moderna de la tierra –que se presenta como un proceso: renta de la tierra-capital-trabajo asalariado (la forma del silogismo también puede entenderse de otra manera, a saber: trabajo asalariado-capital-renta de la tierra; pero el capital siempre debe aparecer como el medio activo)– contienen la estructura interna de la sociedad moderna, o el capital en la totalidad de sus relaciones. El propietario moderno (...) tiene, por lo tanto, presupuestos que se basan en un desarrollo industrial, comercial y científico específico; en resumen, en un desarrollo específico de las fuerzas productivas».

Finalmente, se leyó este último pasaje fundamental de Marx, en el que se afirma claramente la tendencia de la clase asalariada a destruir, después de la propiedad de la tierra provocada por el capital, también el capital mismo, y por lo tanto, en el comunismo, el trabajo asalariado y la clase obrera:

«Hay que tener en cuenta que las nuevas fuerzas productivas y las nuevas relaciones productivas se desarrollan dentro y en oposición al desarrollo de las relaciones de producción y de propiedad tradicionales existentes (...).

«Este sistema orgánico, en su desarrollo, subordina a sí mismo todos los elementos de la sociedad, o extrae de ella los órganos que aún le faltan. De este modo se convierte en una totalidad histórica (...).

«El capital logra su doble objetivo: 1) la agricultura industrial y, por ende, el desarrollo de la productividad de la tierra; 2) el trabajo asalariado y, por consiguiente, su dominio absoluto sobre el campo. Considera la existencia de la propiedad de la tierra como algo meramente transitorio, necesario para la influencia del capital en las antiguas relaciones de propiedad, pero producto de su disolución. Por lo tanto, una vez alcanzado su objetivo, constituye una simple limitación de las ganancias, no una necesidad para la producción. Luego, busca disolver la propiedad de la tierra como propiedad privada y transferirla al Estado. De esta manera, toda la sociedad se transforma internamente en capitalistas y trabajadores asalariados.

«Cuando el capital alcanza este punto, el trabajo asalariado también llega al punto en que, por un lado, busca eliminar al terrateniente por considerarlo redundante, para lograr una simplificación de las relaciones, una reducción de impuestos, etc., actuando de la misma manera que la burguesía; por otro lado, para escapar del trabajo asalariado y convertirse en productor independiente –para el consumo

inmediato– exige el desmembramiento de la gran propiedad de la tierra. Esto conduce a una doble negación: la propiedad de la tierra, que experimenta un cambio "formal", es negada por el capital, en aras de su omnipotencia; mientras que la negación por parte del trabajo asalariado no es otra cosa que la negación del capital y, por lo tanto, de sí mismo».

la demolición en lugar de demostrar la necesidad de una ruptura aún más coherente y radical […].

«El único resultado plenamente real de la demolición de Stolypin es la hambruna que azotó a 30 millones de campesinos. Se desconoce si esta demolición enseñará al pueblo ruso cómo dar un giro más radical. ¿Lo hará? Solo el tiempo lo dirá.»

A continuación, leímos pasajes cruciales del Libro III de El Capital de Marx:

«La agricultura, al igual que la industria manufacturera, está dominada por el modo de producción capitalista (...) el agricultor produce grano, etc., del mismo modo que el fabricante produce hilo o maquinaria (...). La forma de propiedad de la tierra que examinamos es una forma específicamente histórica, la forma transformada de la acción del capital y del modo de producción capitalista, tanto de la propiedad feudal como de la agricultura practicada por pequeños campesinos para su propia subsistencia, donde la posesión de la tierra es una de las condiciones de producción para el productor directo, y su propiedad la condición más rentable. Para la agricultura, el modo de producción capitalista presupone que los trabajadores agrícolas son expropiados de la tierra y sometidos a un capitalista, que cultiva con el objetivo de obtener ganancias».

A continuación, Marx describe la naturaleza del modo de producción capitalista y la propiedad de la tierra: «Este modo de producción presupone, por un lado, que el productor directo no está en la posición de un mero accesorio del suelo (siervo de la gleba, campesino en servidumbre, esclavo, etc.), por otro, que la masa de la población es expropiada de la tierra (...) El modo de producción capitalista da lugar a la forma correspondiente de propiedad de la tierra: la propiedad feudal, la propiedad de la tierra de clan, la pequeña propiedad campesina unida a la comunidad de la marca se transforman en la forma económica correspondiente a este modo de producción. Es uno de los grandes logros del modo de producción capitalista transformar, por un lado, la agricultura de un método puramente empírico, que se transmitía mecánicamente de padre a hijo en la sección menos desarrollada de la sociedad, en una aplicación científica consciente de la agronomía, en la medida en que esto sea posible dentro del marco de las relaciones dadas con la propiedad privada; la liberación radical de la propiedad de la tierra, por un lado, de las relaciones de servidumbre y esclavitud, y la clara separación, por el otro, Por otro lado, la tierra, como condición de trabajo, proviene de la propiedad de la tierra y del terrateniente (...). El terrateniente puede pasar toda su vida en Constantinopla, mientras que su propiedad está en Escocia (...). Los capitalistas industriales y sus aduladores teóricos denuncian la propiedad de la tierra como una proliferación inútil y absurda».

La suma que se paga al propietario se denomina renta del suelo, ya sea que provenga de tierras cultivadas o edificables, minas, pesquerías, bosques, etc., y se mantiene mientras el propietario otorgue el uso de la tierra al arrendatario. Esta relación delimita las tres clases que, como afirma Marx, «conforman la sociedad moderna, unidas y opuestas entre sí: el trabajador asalariado, el capitalista industrial y el terrateniente».

Además, más adelante escribimos: «La escasa propiedad de la tierra crea una clase de bárbaros prácticamente al margen de la sociedad, que combina la crudeza de las formas sociales primitivas con el sufrimiento y la miseria de los países civilizados». Si comparamos la barbarie antigua con la civilización moderna, la primera era simplemente primitiva, la segunda, infame.

Tras haber esbozado el origen, la formación y el desarrollo de la propiedad de la tierra, concluimos este capítulo retomando los "Esquemas fundamentales de la crítica de la economía política". Marx inicia el capítulo "El capital y la propiedad moderna de la tierra" de la siguiente manera: «Tanto por su naturaleza como históricamente, el capital es el creador de la propiedad moderna de la tierra, de la renta de la tierra (...). Las relaciones económicas de la propiedad moderna de la tierra –que se presenta como un proceso: renta de la tierra-capital-trabajo asalariado (la forma del silogismo también puede entenderse de otra manera, a saber: trabajo asalariado-capital-renta de la tierra; pero el capital siempre debe aparecer como el medio activo)– contienen la estructura interna de la sociedad moderna, o el capital en la totalidad de sus relaciones. El propietario moderno (...) tiene, por lo tanto, presupuestos que se basan en un desarrollo industrial, comercial y científico específico; en resumen, en un desarrollo específico de las fuerzas productivas».

Finalmente, se leyó este último pasaje fundamental de Marx, en el que se afirma claramente la tendencia de la clase asalariada a destruir, después de la propiedad de la tierra provocada por el capital, también el capital mismo, y por lo tanto, en el comunismo, el trabajo asalariado y la clase obrera:

«Hay que tener en cuenta que las nuevas fuerzas productivas y las nuevas relaciones productivas se desarrollan dentro y en oposición al desarrollo de las relaciones de producción y de propiedad tradicionales existentes (...).

«Este sistema orgánico, en su desarrollo, subordina a sí mismo todos los elementos de la sociedad, o extrae de ella los órganos que aún le faltan. De este modo se convierte en una totalidad histórica (...).

«El capital logra su doble objetivo: 1) la agricultura industrial y, por ende, el desarrollo de la productividad de la tierra; 2) el trabajo asalariado y, por consiguiente, su dominio absoluto sobre el campo. Considera la existencia de la propiedad de la tierra como algo meramente transitorio, necesario para la influencia del capital en las antiguas relaciones de propiedad, pero producto de su disolución. Por lo tanto, una vez alcanzado su objetivo, constituye una simple limitación de las ganancias, no una necesidad para la producción. Luego, busca disolver la propiedad de la tierra como propiedad privada y transferirla al Estado. De esta manera, toda la sociedad se transforma internamente en capitalistas y trabajadores asalariados.

«Cuando el capital alcanza este punto, el trabajo asalariado también llega al punto en que, por un lado, busca eliminar al terrateniente por considerarlo redundante, para lograr una simplificación de las relaciones, una reducción de impuestos, etc., actuando de la misma manera que la burguesía; por otro lado, para escapar del trabajo asalariado y convertirse en productor independiente –para el consumo inmediato– exige el desmembramiento de la gran propiedad de la tierra. Esto conduce a una doble negación: la propiedad de la tierra, que experimenta un cambio "formal", es negada por el capital, en aras de su omnipotencia; mientras que la negación por parte del trabajo asalariado no es otra cosa que la negación del capital y, por lo tanto, de sí mismo».

LA "REVOLUCIÓN ISLÁMICA" EN IRÁN

La guerra Irán-Irak de 1980-88 se presenta en el informe como un ejemplo de cómo los Estados burgueses recurren a la guerra imperialista para reprimir la lucha proletaria, preservar el dominio capitalista y superar las crisis políticas internas a expensas de las masas trabajadoras.

El derrocamiento del Shah en 1979 no había abolido las relaciones capitalistas en Irán, sino que había sustituido la monarquía por una dictadura burguesa islámica. El movimiento revolucionario había sido guiado por manifestaciones de masas, huelgas generales y trabajadores armados, pero al proletariado le faltaba la organización política independiente necesaria para afirmar su propio poder de clase. El clero se apropió entonces del movimiento, reconstruyendo al mismo tiempo el Estado burgués. La invasión iraquí de septiembre de 1980 proporcionó al régimen de Jomeini los medios para reorientar los antagonismos de clase hacia una movilización patriótica, apagar la ola revolucionaria y consolidar su propia autoridad.

La conmoción de 1978-79 había amenazado inicialmente los fundamentos del dominio burgués. Los consejos obreros se habían difundido en todo el sector industrial, sustituyendo a los dirigentes, regulando la producción y exigiendo aumentos salariales. El gobierno provisional de Mehdi Bazargan luchó por restablecer el orden entre huelgas, manifestaciones y enfrentamientos armados continuos. Bajo esta presión, el gobierno islámico toleró temporalmente una facción de izquierda e introdujo algunas concesiones, entre ellas salarios más altos, alquileres reducidos y la nacionalización de los bancos y de las principales empresas. Estas medidas estaban destinadas a contener el descontento proletario. Los comerciantes del bazar, los industriales y la pequeña burguesía, a pesar de haber participado en el derrocamiento del Shah, exigían cada vez con más fuerza el restablecimiento de la estabilidad comercial y de la autoridad del Estado. Sus intereses eran fundamentalmente opuestos a los de los trabajadores, cuya movilización había hecho posible la revolución.

El 22 de septiembre de 1980 Saddam Hussein lanzó una ofensiva contra Irán, después de haber repudiado el Acuerdo de Argel de 1975 que regulaba el curso de agua del Shatt al-Arab. Bagdad trató de aprovechar la desorganización militar de Irán, asegurarse ventajas estratégicas y reforzar su propia posición regional. Sin embargo, ambos regímenes necesitaban la guerra por razones internas. La dictadura de Saddam temía disturbios internos y el contagio revolucionario, mientras que el gobierno de Jomeini debía afrontar continuas agitaciones proletarias y conflictos dentro de la coalición de gobierno. La invasión iraquí permitió a Teherán presentar la defensa de la República Islámica como un deber nacional y religioso. Los trabajadores que recientemente habían desafiado la autoridad burguesa fueron movilizados para defenderla, subordinando sus propios intereses de clase a los presuntos intereses de la patria.

La guerra aceleró la destrucción de toda oposición en Irán. Con el pretexto de la defensa nacional, el régimen denunció a los opositores como traidores y pasó a arrestos masivos, ejecuciones y purgas políticas. Las conmociones de 1981, entre ellas la destitución del presidente Bani-Sadr y el asesinato del presidente Rajai, acompañaron la consolidación del poder clerical. Las organizaciones que habían contribuido a derrocar al Shah fueron sistemáticamente eliminadas. A lo largo de 1982-83, delegados que intentaban organizar un frente anti-imperialista unido fueron asesinados y las organizaciones de izquierda fueron reprimidas, incluido el Partido Tudeh estalinista. Incluso ex miembros del aparato de seguridad Savak del Shah fueron incorporados al nuevo orden. Las Guardias Revolucionarias, o Pasdaran, mientras tanto, se transformaron en una institución cada vez más poderosa, responsable de la defensa del régimen y de la represión de la oposición interna. Más allá de la retórica de la revolución islámica, la continuidad de la represión del Estado burgués se volvió innegable.

La transformación económica siguió el mismo curso contrarrevolucionario. Una vez derrotadas las luchas independientes de los trabajadores, el régimen revocó muchas de las concesiones anteriores para restablecer condiciones favorables a la acumulación capitalista. El comercio exterior fue liberalizado, las empresas desnacionalizadas y los industriales vinculados a la monarquía recuperaron los bienes confiscados. La reforma agraria fue suspendida, quedando las grandes propiedades territoriales concentradas en manos de los propietarios, incluidos los miembros del clero.

Las relaciones comerciales con Alemania, Gran Bretaña y Japón se intensificaron, en beneficio del capital industrial y de los comerciantes del bazar. En 1983 una ley limitó severamente las asociaciones de trabajadores que exigían aumentos salariales, incluso autorizando el trabajo infantil. La inflación, el desempleo y la caída del nivel de vida se intensificaron. La República Islámica se mostró así capaz de defender la propiedad burguesa y de reprimir al proletariado de manera más eficaz que la monarquía a la que había sustituido.

La dimensión internacional del conflicto puso de manifiesto los intereses contrapuestos de las potencias imperialistas. El derrocamiento del Shah había privado a Estados Unidos de un importante aliado estratégico en el Golfo Pérsico, mientras que la Unión Soviética trataba de expandir su influencia en la región. Ninguna de las dos potencias podía permitir una amenaza a sus intereses. Ambos bloques manipularon la guerra mediante diversos acuerdos diplomáticos, suministros de armas y alianzas regionales. Moscú mantuvo relaciones con Irak mientras exploraba oportunidades en Irán. El partido estalinista Tudeh sostenía un compromiso con Jomeini, en línea con la política exterior soviética, demostrando la subordinación de su presunto comunismo a los intereses del Estado ruso. También Washington, a pesar de su hostilidad hacia Teherán, participó indirectamente en el abastecimiento de las fuerzas iraníes, incluso a través de Israel. El conflicto no puede, por tanto, reducirse a un enfrentamiento entre el Irán anti-imperialista y el Irak filoimperialista: ambos Estados estaban integrados en los cálculos rivales del capital internacional.

La importancia estratégica del Golfo Pérsico acentuó estas contradicciones. El Estrecho de Ormuz, las reservas petroleras regionales y las rutas marítimas eran esenciales para los intereses de las potencias capitalistas. Las amenazas iraníes de cerrar el estrecho en 1984 alentaron una mayor intervención militar estadounidense. Washington reforzó su presencia naval y sus alianzas con las monarquías del Golfo, tratando de recuperar la influencia perdida tras la caída del Shah. También Arabia Saudita diversificó sus relaciones militares, adquiriendo ingentes cantidades de equipo francés en lugar de depender exclusivamente de Estados Unidos. La Unión Soviética, incapaz de desafiar directamente la superioridad naval estadounidense, ejerció presión mediante su presencia militar en Afganistán y los suministros de armas a Irak. Los gobiernos regionales maniobraban entre centros imperialistas en competencia, mientras la industria internacional de armamentos se beneficiaba de la prolongación de las hostilidades.

El conflicto se transformó en una prolongada guerra de desgaste. Las victorias iniciales de Irak, incluida la conquista de Khorramshahr, no lograron producir un resultado decisivo. Del mismo modo, las contraofensivas iraníes no llegaron a destruir el régimen de Saddam. La guerra de trincheras, las armas químicas, los ataques a las infraestructuras petrolíferas y los repetidos asaltos de masas causaron pérdidas catastróficas. Los pasdaran y los jóvenes voluntarios iraníes fueron movilizados bajo consignas religiosas y patrióticas, a menudo convencidos de defender las conquistas de la revuelta de 1979. El régimen explotó estas ilusiones para ocultar su propio carácter reaccionario. La conquista de la península de Fao por parte de Irán en 1986 amenazó brevemente a Irak, pero el creciente agotamiento de ambas economías impidió una victoria clara. Ninguna de las dos clases dominantes podía aceptar fácilmente la derrota sin arriesgar nuevos trastornos internos. La guerra se convirtió así en un mecanismo mediante el cual ambas dictaduras aplazaban sus propias crisis internas, exigiendo al mismo tiempo sacrificios cada vez mayores a trabajadores y campesinos.

IMPERIALISMO Y ANTI-IMPERIALISMO: UNA REVISIÓN HOY

La creciente crisis del capitalismo mundial ha vuelto a situar al imperialismo y a la guerra imperialista en el centro del análisis marxista revolucionario. Los conflictos en Ucrania, Gaza y el Golfo Pérsico no son consecuencias aisladas de las ambiciones de gobiernos particulares, sino manifestaciones sucesivas de las contradicciones de la acumulación capitalista. El informe sostiene que el mundo avanza hacia una tercera guerra imperialista, cuya causa fundamental reside en el creciente antagonismo entre las fuerzas productivas desarrolladas por el capitalismo y las relaciones capitalistas que obstaculizan cada vez más su desarrollo. Frente a las justificaciones democráticas, nacionalistas, pacifistas y falsamente socialistas esgrimidas por las potencias burguesas rivales, el marxismo revolucionario argumenta que el imperialismo no puede abolirse mediante reformas diplomáticas, la coexistencia pacífica o la victoria de un Estado capitalista sobre otro. Su destrucción exige el derrocamiento revolucionario del dominio de la clase capitalista por parte del proletariado internacional.

El informe sitúa la actual crisis internacional dentro de un proceso histórico que comenzó con la crisis

de sobreproducción de 1973 y se aceleró tras el colapso financiero de 2008. La Guerra del Golfo de 1990-91, las intervenciones estadounidenses después de septiembre de 2001 y las guerras en Afganistán e Irak representaron fases sucesivas en la intensificación de los antagonismos imperialistas. La guerra en Ucrania, que comenzó en 2022, seguida por el conflicto en Gaza en 2023 y la reanudación de las hostilidades en el Golfo Pérsico, debe interpretarse como una aceleración de este proceso. La incapacidad del capitalismo global para restablecer una acumulación sostenida después de 2008 ha intensificado la competencia entre las burguesías nacionales, impulsando la apelación al recurso cada vez más directo a la fuerza militar para defender mercados, posiciones estratégicas y esferas de influencia.

Este análisis se inscribe en la tradición teórica de Marx, Engels y Lenin, en particular en la obra de Lenin de 1916, "El imperialismo, fase superior del capitalismo". Este informe se basa en el estudio de 1966 "Imperialismo y anti-imperialismo en la doctrina marxista", que denunciaba la falsificación de Lenin por parte del oportunismo estalinista y post-estalinista. Su tesis central era que el anti-imperialismo burgués cumple su función cuando convence a los trabajadores de que es posible oponerse al imperialismo sin derrocar el capitalismo. El pacifismo, los acuerdos diplomáticos, la retórica de la liberación nacional y las reformas internacionales se convierten en instrumentos para preservar el dominio burgués cuando sustituyen la lucha revolucionaria independiente del proletariado.

El imperialismo no es simplemente una política exterior agresiva adoptada por ciertos gobiernos, sino una expresión histórica del desarrollo capitalista, la concentración de capital y la lucha por dividir y redistribuir el mercado mundial.

El auge histórico del imperialismo estadounidense ilustra la relación entre la ideología pacifista y la expansión capitalista. Bajo el mandato de Woodrow Wilson, Estados Unidos se presentó como defensor de la paz internacional, el libre comercio y la autodeterminación nacional. Su neutralidad inicial durante la Primera Guerra Mundial pareció confirmar esta postura; sin embargo, el aislacionismo estadounidense no era más que una política al servicio de las necesidades de un capitalismo nacional en expansión. A medida que las potencias imperialistas europeas se agotaban militar y económicamente, la industria estadounidense proporcionaba materias primas, armas y crédito. Las exportaciones de armas estadounidenses aumentaron de aproximadamente 40 millones de dólares en 1914 a 1.300 millones en 1916, un incremento de más de treinta veces. Las potencias de la Entente se volvieron cada vez más dependientes de la producción y las finanzas estadounidenses, mientras que Washington retrasó la intervención militar directa hasta abril de 1917, cuando sus competidores ya habían sufrido pérdidas inmensas.

Las consecuencias financieras fueron decisivas. Antes de 1914, Estados Unidos era una nación deudora que dependía del capital europeo para su desarrollo industrial. Durante la guerra, los gobiernos europeos transfirieron reservas de oro y deudas acumuladas para financiar la compra de materias primas estadounidenses. Estados Unidos se convirtió en el principal acreedor mundial, mientras que Wall Street suplantaba progresivamente a Londres como centro de las finanzas internacionales. El libre comercio wilsoniano y el internacionalismo democrático reflejaban así los intereses de una potencia capitalista en ascenso que buscaba eliminar las barreras a su expansión comercial. La retórica de la paz ocultaba las exigencias materiales del ascenso imperialista estadounidense.

La Segunda Guerra Mundial culminó esta transformación. El capitalismo estadounidense se benefició una vez más del agotamiento de las potencias rivales antes de imponer su supremacía militar. Para 1945, Estados Unidos representaba aproximadamente la mitad de la producción industrial mundial, mientras que el dólar sustituyó a la libra esterlina como principal moneda del comercio internacional. Las bases militares estadounidenses se extendieron por todo el mundo, y el anterior discurso aislacionista dio paso a la intervención directa en Corea, Oriente Medio, Vietnam y otros lugares. Esta fue la evolución necesaria de una potencia capitalista cuya creciente fortaleza económica requería un dominio político y militar correspondiente. Los ideales democráticos y pacifistas invocados durante su ascenso cedieron progresivamente ante el ejercicio abierto de la fuerza imperialista.

El desarrollo contemporáneo de China debe interpretarse dentro del mismo marco histórico. El capitalismo chino se ha convertido en el principal centro manufacturero del mundo, representando aproximadamente el 30% de la producción industrial global, en comparación con el 16% en Estados Unidos. Su enorme aparato productivo requiere acceso a los mercados extranjeros, ya que el consumo interno es incapaz de absorber la gran cantidad de bienes que se producen. En consecuencia, Pekín promueve el libre comercio, la cooperación económica pacífica y la oposición a la intervención militar estadounidense. Sin embargo, estas posturas no expresan socialismo ni internacionalismo proletario. Reflejan los intereses de un capitalismo nacional en expansión que busca condiciones favorables para la circulación internacional de sus bienes y capital.

El informe estableció paralelismos entre la China contemporánea y los Estados Unidos wilsoniano. Ambas emplean el lenguaje de la paz y los mercados abiertos, al tiempo que buscan expandir su influencia frente a los competidores imperialistas establecidos. Las pretensiones de China de representar al Sur Global y defender un orden internacional

pacífico deben interpretarse como expresiones ideológicas de intereses capitalistas. Su socialismo oficial se considera una continuación de la falsificación estalinista que presenta la acumulación capitalista nacional como una construcción socialista. Del mismo modo que el capitalismo estadounidense abandonó gradualmente el aislacionismo a medida que se expandían sus intereses internacionales, se espera que el capitalismo chino dependa cada vez más del poder militar directo.

La creciente presencia militar de China refuerza esta interpretación. Si bien su red militar en el extranjero sigue siendo mucho menor que la de Estados Unidos, Pekín ha establecido estructuras y relaciones estratégicas a lo largo de importantes rutas comerciales, como Yibuti, Gwadar y Hambantota. Sus actividades en el Mar de China Meridional, las tensiones con Filipinas y su creciente presencia en Camboya demuestran el vínculo entre la expansión económica y la proyección militar. El discurso pacífico de una potencia imperialista en ascenso refleja su posición estratégica, no una oposición prejuiciosa al imperialismo. A medida que se intensifica la competencia, las exigencias del capital chino entrarán cada vez más en conflicto con el orden internacional vigente.

La Unión Soviética ocupa un lugar igualmente importante en la crítica del falso anti-imperialismo. El punto de inflexión contrarrevolucionario decisivo no se identifica con la denuncia de Stalin por parte de Jruschov en 1956, sino con la consolidación de la doctrina del socialismo en un solo país en 1926. Como la izquierda comunista italiana denunció de inmediato, esta doctrina subordinaba la revolución proletaria internacional al desarrollo económico y político del Estado ruso. La Unión Soviética actuó cada vez más como una potencia capitalista nacional, mientras que el movimiento comunista internacional se convirtió en un instrumento de la política exterior rusa. El internacionalismo revolucionario fue reemplazado por la acumulación de poder económico y militar nacional bajo la apariencia ideológica de la construcción socialista.

Una política revolucionaria opuesta a la de Lenin. El Tratado de Brest-Litovsk de 1918 demostró la disposición de los bolcheviques a aceptar enormes concesiones territoriales y a no subordinar la revolución a los objetivos militares nacionales. La política estalinista, por otro lado, consideraba cada vez más la expansión territorial y el poder militar como tareas nacionales del Estado soviético. Esta transformación se hizo particularmente evidente durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la URSS entró en el conflicto como una potencia imperialista, persiguiendo objetivos estratégicos y territoriales en lugar de la expansión de la revolución proletaria.

El avance soviético hacia Berlín no fue una ofensiva revolucionaria contra el capitalismo, sino una campaña al servicio de los intereses del Estado ruso, que contribuyó simultáneamente a la destrucción de Alemania, el principal competidor imperialista de Estados Unidos. El informe presentó el Levantamiento de Varsovia de 1944 como prueba del carácter reaccionario de la política militar estalinista. Asimismo, destacó las inmensas pérdidas sufridas por soldados y civiles durante las etapas finales de la guerra.

Según esta interpretación, los sacrificios impuestos al proletariado soviético y europeo fortalecieron el imperialismo ruso, al tiempo que contribuyeron a consolidar la hegemonía global estadounidense.

La posterior división del mundo en Yalta y la participación soviética en instituciones internacionales confirmaron esta trayectoria contrarrevolucionaria. Lenin había denunciado la Sociedad de Naciones como una organización de potencias imperialistas, pero la Unión Soviética estalinista se unió a ella en 1934 y posteriormente participó en las Naciones Unidas. La doctrina de la coexistencia pacífica completó la transformación ideológica al presentar la competencia económica entre sistemas nacionales como el principal mecanismo del desarrollo histórico. Las reformas de Jruschov no revirtieron el estalinismo, sino que continuaron su rumbo político esencial, sustituyendo el derrocamiento revolucionario del capitalismo por la ilusión de que el socialismo podía triunfar mediante la competencia pacífica en el mercado mundial.

El informe identifica así el oportunismo estalinista y postestalinista como una continuación de las tendencias reformistas que Lenin había combatido en Kautsky. Se alentó al proletariado internacional a defender la política exterior de un Estado capitalista disfrazado de socialista, mientras que la lucha revolucionaria quedó subordinada a acuerdos diplomáticos, el desarrollo nacional y las alianzas imperialistas. La integración de la Unión Soviética en los mercados mundiales y la diplomacia internacional se presentó como progreso socialista, ocultando el abandono del programa revolucionario de octubre de 1917.

La misma distorsión persiste en los círculos políticos contemporáneos. Una corriente oportunista defiende la democracia europea y las potencias imperialistas occidentales establecidas, mientras que otra presenta el capitalismo chino como una alternativa progresista a la dominación estadounidense. Ambas posturas subordinan al proletariado a los intereses burgueses. La primera invoca los derechos democráticos y el derecho internacional para justificar las políticas de los estados imperialistas establecidos; la segunda utiliza un lenguaje anti-imperialista y socialista para defender a un competidor emergente dentro del propio sistema capitalista mundial. Ninguna representa una oposición revolucionaria al imperialismo, puesto que ninguna cuestiona las relaciones capitalistas que subyacen a la rivalidad internacional.

La aparente fuerza de estas tendencias oportunistas refleja la prolongada ausencia de un movimiento revolucionario proletario independiente. Tras la derrota de la ola revolucionaria iniciada en octubre de 1917 y la consolidación de la contrarrevolución estalinista, la clase obrera internacional sufrió un siglo de desorientación política y subordinación a las organizaciones burguesas. Sin embargo, esta derrota histórica no elimina las contradicciones del capitalismo. El propio desarrollo imperialista intensifica las crisis económicas, los antagonismos internacionales y las condiciones para el resurgimiento de la lucha de clases revolucionaria.

La actual tendencia hacia una guerra mundial refleja tanto el poder como la inestabilidad histórica de la sociedad capitalista. Las potencias imperialistas establecidas se enfrentan a un declive en su dinamismo económico, mientras que los nuevos centros capitalistas luchan con las contradicciones derivadas de su propia expansión. La competencia por los mercados, las rutas comerciales, las materias primas y los territorios estratégicos adquiere cada vez más tintes militares. Las declaraciones pacifistas y las iniciativas diplomáticas no pueden eliminar estos antagonismos, ya que surgen de las necesidades materiales de las capitales nacionales que compiten dentro de una misma economía mundial.

Es necesario distinguir entre el anti-imperialismo burgués y el internacionalismo revolucionario proletario. La oposición a la dominación estadounidense no justifica el apoyo a China ni a Rusia, del mismo modo que la oposición a su expansión no justifica la defensa del imperialismo europeo o estadounidense. El proletariado no tiene ningún interés histórico en la victoria de un bloque capitalista sobre otro. Su tarea consiste en recuperar su organización de clase independiente y su programa revolucionario, rechazando la unidad nacional, la propaganda bélica democrática y la ilusión de que el imperialismo pueda transformarse en un orden internacional pacífico.

La guerra imperialista es la expresión política y militar de las contradicciones inherentes a la producción capitalista. La lucha entre las burguesías nacionales no puede resolverse mediante una redistribución de la influencia global ni el surgimiento de una supuesta potencia hegemónica progresista. Solo el derrocamiento revolucionario internacional del capitalismo puede abolir sus fundamentos económicos. Ante la amenaza de otra masacre global, la consigna comunista a los trabajadores es rechazar la subordinación a sus burguesías nacionales y unirse en la lucha por derrocar el dominio de la clase capitalista y establecer el comunismo internacional.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL PROFINTERN Y SU DISOLUCIÓN

En 1934 la Tercera Internacional inauguró en Francia la política del "Frente Popular", alianza política de comunistas, socialistas y otros partidos declaradamente burgueses, en nombre de la lucha contra el peligro fascista, es decir, contra el imperialismo rival representado por Alemania. Se abandonó por tanto la consigna del "socialfascismo", en nombre de una alianza nuevamente buscada con los socialdemócratas.

En el campo sindical esto comportó la puesta en discusión de la propia existencia del Profintern, dada la renovada voluntad de unión sindical a toda costa.

Ya en el "Llamamiento del Comité ejecutivo (de la IC) por el frente único del proletariado", del 5 de marzo de 1933, está esta corrección de rumbo:

«La IKKI [el Comité Ejecutivo de la Internacional] *invita a todos los partidos comunistas a hacer un nuevo intento para establecer el frente único con las masas trabajadoras socialdemócratas por medio de los partidos socialdemócratas (...) La IKKI considera que puede recomendar a los partidos comunistas abstenerse, durante el periodo de la lucha común contra el capital y el fascismo, de atacar a las organizaciones socialdemócratas».*

La nueva línea fue aceptada por el Profintern, aunque con escaso entusiasmo por parte de sus principales dirigentes, por convicción o para defender sus propias prerrogativas. A partir del verano de 1934 fueron numerosas las fusiones entre Confederaciones sindicales dirigidas por los comunistas y las dirigidas por los socialdemócratas, y donde las primeras eran demasiado débiles eran disueltas y sus afiliados invitados a adherirse a las segundas: la propaganda lo presentaba como una unificación.

En el informe de Dimitrov al VII Congreso de la Internacional, en 1935, emergió la nueva posición respecto a los sindicatos: *«Es necesario esforzarse por estrechar los acuerdos tanto de breve como de larga duración para acciones comunes con los partidos socialdemócratas, con los sindicatos reformistas y con las demás organizaciones de trabajadores, contra los enemigos de clase del proletariado (...). Pero no hay que contentarse con la sola conclusión de un pacto para acciones comunes (...). Los comunistas y todos los obreros revolucionarios deben esforzarse por crear organismos de Frente único de clase, fuera del partido».*

El pacto con partidos y organismos burgueses no fue suficiente; ahora se quiso pasar abiertamente a un gobierno junto con los partidos burgueses. Si en la Hungría de 1919 compartir el gobierno con los socialistas fue una ingenuidad enorme por parte de los comunistas, con consecuencias desastrosas pagadas con la sangre de los comunistas y de muchos proletarios, en 1935 la única palabra adecuada para tal alianza era traición.

Respecto a Estados Unidos leemos que los comunistas habrían debido promover la creación de "El Partido de los obreros y de los campesinos", es decir, de un partido no comunista, en el que colaborar con una parte de la burguesía, presunta progresista, para llevar a término la revolución burguesa. El estalinismo había vuelto a las posiciones de los mencheviques, para quienes la revolución proletaria en 1917 no estaba madura: para estos nunca lo estará. También el nacimiento de los partidos comunistas habría sido un error, en cuanto la ruptura con los partidos socialistas de la II Internacional era ahora vista como una ruptura de la unidad del proletariado. El partido que fue de Lenin se había convertido en un partido menchevique.

Respecto a Inglaterra, en el informe se sostenía análogamente que los comunistas debían apoyar un gobierno laborista. Ya a los comunistas chinos se les había impuesto la disolución del partido y el entrismo de sus militantes en el Kuomintang, presunto partido burgués progresista y aliado, con la conclusión del exterminio de comunistas y proletarios en 1927.

Leemos aún: *«Camaradas, el desarrollo del Frente único (...) plantea también la cuestión de la unidad política, del partido político único de masas de la clase obrera (...). Los intereses de la lucha de clase del proletariado y el éxito de la revolución proletaria exigen la existencia, en cada país, de un único partido del proletariado»*. Estamos en el completo liquidacionismo: los partidos comunistas debían desaparecer en un unitario partido laborista. Su mismo nacimiento era ahora considerado un error.

Del VII Congreso de la IC no salió ninguna resolución específica sobre las cuestiones sindicales. Se celebró una reunión separada de los dirigentes del Comintern de procedencia sindical, pero la existencia y las conclusiones de tal reunión nunca fueron reportadas por la prensa de la IC, para no obstaculizar la fusión perseguida con la Internacional sindical de Ámsterdam.

Ni siquiera estaba claro cómo los comunistas habrían podido y debido organizarse dentro de los sindicatos, dado que, en nombre de la unidad, las fracciones sindicales ya no eran admitidas. En la óptica de la Internacional estalinizada la fracción del partido tenía una importancia decididamente secundaria: ya no era importante que el sindicato fuera dirigido según la reconocible orientación del partido comunista, precondición del asalto revolucionario, sino solo estar a su cabeza para transformarlo en instrumento de la política exterior del Estado ruso.

En enero de 1936 Dimitrov envió una carta personal a Stalin en la que sostenía que *«el Profintern no solo no contribuye a la creación de la unidad sindical internacional, sino que en cierto sentido constituye incluso un obstáculo»*. En mayo siguiente el Secretariado del Ejecutivo instituyó una comisión compuesta por Lozovski, Togliatti y Dimitrov para decidir la suerte del Profintern. La última reunión del Buró Ejecutivo del Profintern lleva la fecha del 16 de abril; la disolución oficial fue aplazada al 17 de diciembre de 1937.

El fuego de "Prometeo" arroja luz sobre tales cuestiones. En el n.107 del 22 de julio de 1934, leemos:

«El sindicato único constituye (...) una reivindicación esencial de los comunistas, pero a condición de que no se realice a través del aniquilamiento de la función política de la vanguardia proletaria (...). La única garantía que podría permitir el éxito del movimiento obrero es la reivindicación del derecho de fracción en el seno de los sindicatos».

En otro artículo del mismo número: «El centrismo [el estalinismo], al retomar la posición del Congreso de fusión hasta ayer combatida por él, abandona la reivindicación central de los comunistas del derecho de las fracciones en el interior de la organización sindical, lo que comporta (...) una capitulación de clase».

La disolución de la Internacional Sindical Roja en 1937 fue el entierro de un cadáver. Del mismo modo, el 10 de junio de 1943 fue formalmente disuelta la Internacional Comunista, convertida ya en un estorbo para las alianzas interimperialistas del ya burgués Estado ruso.

Website

YouTube